

maghenta
EDITORIAL

El sonido del tiempo

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta obra, cualquiera que sea el medio empleado: electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc., sin el permiso explícito de los titulares de los derechos.

1.ª Edición.

© Aniana Plaza, 2007.

© Maghenta, S.L.
Autovía de Madrid, Km. 315,700
50012 Zaragoza
Tel. +34 976 106 300
Fax +34 976 106 301
www.maghenta.com

Ilustración de portada: Antonio Navarro Gómez

Depósito Legal: Z-1.494/07
I.S.B.N.: 978-84-935637-0-7

Impreso en Zaragoza, España. Marpa.

El sonido del tiempo
ANIANA PLAZA

*A mi marido Julio,
y a mis hijos Óscar,
Patricia y Raúl, porque
con ellos aprendí a soñar.*

Agradecimientos

*Al pintor alicantino Antonio Navarro,
porque me ha enseñado a “ver” detrás de los colores
y ha permitido que su cuadro “Señorita con sombrilla”
ilustre la portada de este libro;*

*y al escritor y periodista Esteban Sánchez
por desvelarme algunos “secretos” de la literatura.*

Carta de la escritora al lector

En muchas ocasiones se ha descrito el destino como una música inexcrutable, cantada en el origen del mundo, que fluye inexorable por el tiempo rigiendo y narrando en un mismo instante lo que acontece a los seres que lo habitan. Una novela no deja de ser un reflejo fiel de este concepto, donde el escritor canta el destino de los seres que fluyen y viven en el ámbito común que se crea en la conciencia de quien escribe y de quien lee lo escrito.

Sin embargo, es como si ese fluir del mundo tuviera un silencioso sonido que aún y armoniza el devenir. Sólo algunos están dotados de la capacidad para escucharlo en sus sonidos más puros y aquí tenemos una oportunidad para hacerlo, porque ese sonido inaudible se percibe en cada página del tranquilo discurrir de este libro; entiendo que cada personaje está dotado de la armonía que lo enlaza al mundo como si del mundo fuera. Los seres que habitan a hurtadillas este espacio común creado entre lector y escritor, aparecen moldeados con tanta fuerza y expresividad que trascienden lo escrito y se integran en el mundo con tal poder y textura como si de nuestra propia vida y existencia se tratara.

Son esos mundos, del libro y el real, los que se funden en un único discurrir captado en la vida del personaje central, Váleri, a través del sonido mudo de su pensamiento, que se materializa y objetiva narrando su recorrido por la vida. Pero la lectura se subleva en un punto con tanta fuerza y expresividad que el devenir se produce no por lo escrito, sino que procede de la propia naturaleza y voluntad de la protagonista, en búsqueda constante del equilibrio de su ser con el mundo que le rodea. Y entonces se entiende que Váleri fluye en su mundo, no porque la escritora lo quiera, sino porque el diseño de su ser y de su mente ha adquirido una plasticidad tan orgánica, densa y contundente que se materializa ante el lector con tanta cabalidad como el sofá donde se acomoda para la lectura. Es Váleri quien le sujeta y transporta donde su pensamiento y elección decide. Allá donde nos lleva nuestro

callado compañero que todo lo configura y lo armoniza (el pensamiento) es donde se materializa el sonido del tiempo: la armonía de la existencia de cada ser como un sonido de exquisita delicadeza.

He aquí el dibujo de una vida y el eco de su música. Espero lo disfrutéis.

Aniana Plaza

PRÓLOGO

El alba está a punto de romper el opaco velo de la madrugada y Valéri, en su cama, no cesa de dar vueltas. Está muy nerviosa. A pesar de sentir los párpados pesados, no puede dormir. Un desasosiego inexplicable la mantiene en vigilia desde media noche. Le duele todo el cuerpo por la actividad a que lo tiene sometido. Siente frío e instintivamente mira al extremo de la habitación donde las cortinas se rizan a causa de una suave brisa que se filtra por la ventana, envuelta en una pálida luz azulada que la estremece. En un intento vano por ahuyentar esos miedos que, poco a poco la envuelven como en una tela de araña, eleva los brazos desnudos al techo en muda súplica. Estira su cuerpo infantil y suspira con resignada impotencia. Pega el oído a la pared para confirmar su certeza de que algo inusual ocurre dentro de la casa. A través del tabique delgado percibe pasos acelerados y palabras ininteligibles dichas a media voz y cargadas de susurros. Un hormigueo de intranquilidad le recorre el cuerpo. ¿Qué pasará?, se pregunta con el temor propio de una niña de corta edad. Llamaría a su padre a gritos, si no se lo impidiera ese maldito nudo en la garganta.

Le viene a la mente el recuerdo de su madre y se pone a temblar. Ha notado que últimamente su madre pasa demasiadas horas en la cama y, ahora que lo piensa más detenidamente, cuando se acostó anoche no fue a darle el beso de despedida, y eso es muy raro. Tan raro, como olvidarse de cerrarle la ventana, con lo cuidadosa que es ella. Y ahora, el ruido de la calle se manifiesta de pronto con brusquedad y, dentro de pocos minutos, el humo de la fábrica cercana llegará hasta su lecho y no podrá ni respirar. Risas y pasos apresurados retumbarán muy pronto en el asfalto y se sucederán hasta bien entrada la mañana, con lo cual, ya puede ir despidiéndose del descanso. A pesar de todo, no se levanta de la cama. Callada, sigue atenta a la menor señal de peligro. “Por lo menos –se da ánimos– aquí aún no se han atrevido a entrar”.

Al cabo de media hora, alguien abre la puerta de su alcoba con demasiado sigilo. Ella contiene la respiración y piensa: “ahora, ya no me salva nadie”. Dentro de nada, quien quiera que sea, llegará hasta su persona, la cogerá de los pelos y sin contemplaciones le hará daño, mucho daño.

Ante ese temor, se encoge como si fuera un ovillo de lana, esperando lo irremediable. La claridad mortecina que llega del salón ilumina por un momento la habitación, y una figura alta se recorta nítida en el dintel. El grato olor a loción fresca de su padre se expande por el cuarto delatándole. Ya puede respirar tranquila, “no hay peligro”. Tan segura está, que se incorpora esperanzada.

—¿Eres tú papá? —pregunta ansiosa, intentando controlar el castañetear de sus dientes menudos.

El hombre se acerca muy despacio, envuelto en sombras. Sus pasos son inseguros por la oscuridad, pero aún así no acciona el interruptor de la luz. Incluso, cierra bien la puerta tras de sí para que la opacidad allí dentro sea absoluta. Al llegar hasta ella, palpa el borde de la cama con manos expertas y toma asiento. Sólo entonces contesta, como haciendo un gran esfuerzo.

—Sí hija, soy yo. ¡Tranquilízate!

Váleri, apenas puede reconocer ese tono de voz tan amargo y derrotado. “No puede ser mi padre”, se dice parpadeando. Quiere traspasar el muro oscuro que los separa y así contemplar su rostro, asegurarse que es él, y no otra persona quien le está hablando de esa manera. A pesar de su corta edad, no le pasa por alto el lacinismo actual de su padre. Antes tan alegre y jovial...

—¿Té pasa algo papá? —interroga la niña en un tono suplicante.

Quiere saber el porqué de ese cambio. Es pequeña sí, pero no tonta. Sólo cuando le nota dar un gran suspiro, que hasta hace crujir la cama, se arrepiente de haberle preocupado y enmudece; teme encontrarse con una respuesta demasiado dolorosa. Si por ella fuera, ahora mismo le pediría ver a su madre, pero... ¿y si le ha pasado algo malo? Él, parece tan ausente... Sólo oye su respiración entrecortada, agrandada si cabe por la misma penumbra en la que están sumidos voluntariamente; después le siente respirar profundamente. Tal vez para calmarse un poco antes de comunicar a su hija algo muy triste.

El hombre se pasa la mano por la frente confundido, no sabe por donde empezar. Ni siquiera él lo entiende, “¿como para saber explicárselo a una niña!...”, reflexiona dolido. Al amparo de la oscuridad espera encontrar ese valor necesario que necesita, si no... ¡está perdido! Algo tiene a su favor, por lo menos está protegido de su mirada inquisitiva. No quiere mostrar a su hija esas ojeras amoratadas que le avejentan unos cuantos años, hasta asemejarle a un anciano, y eso que no ha cumplido, ni mucho menos, los cuarenta; dejará pasar unos segundos, sólo unos segundos serán suficientes para serenarse y poder dar a su voz un matiz entre refinado y tranquilo. Tal vez así haga sufrir menos a la niña, de lo contrario no sabría cómo consolarla.

—Hija... —dice casi suspirando. A duras penas, puede articular su nombre, le tiembla tanto la voz que ni se la reconoce. “¿Y por dónde empiezo?” Al momento vuelve a perder la poca seguridad conseguida minutos antes. Miles de razonamientos, más o menos convincentes, se agolpan en su cabeza. Busca el adecuado para suavizar, en lo posible, el impacto que la muerte de su madre va a ocasionar a la niña.

¡Nada! Por ahora se siente incapaz de tomar una decisión acertada. En vista de lo cual, decide posponer esta conversación trascendental para una ocasión más propicia. Hoy el dolor atenaza su garganta y sólo conseguiría, dado su estado de ánimo, empeorar las cosas. Esperará. Recobrando las energías se pone en pie. Se acerca a la mesita de noche y enciende la lámpara resuelto, no quiere permanecer a oscuras ni un minuto más. Luego se inclina sobre su hija y le habla lo más tranquilo posible.

—Váleri, es muy temprano, pero debes levantarte dentro de media hora. Nos vamos a casa de la abuela —se le ocurre así de pronto, sin pensarlo dos veces, diciendo primero lo que debía haber dejado para el final.

La niña no sale de su asombro. Todo le parece una pesadilla. Sin duda, tarde o temprano despertará de este mal sueño que la confunde. Su padre la quiere llevar al lado de una abuela que ni siquiera conoce.

—¿A casa de la abuela? —repite arrugando la nariz incrédula e intenta mirarle a los ojos. Escudriña mejor el rostro de su padre que, sin duda, ha perdido el juicio. Pero su perfil adusto le indica que no bromea.

—¿Me quieres decir dónde vive esa señora?, porque... ¿no te habrás vuelto loco, eh? —se atreve por fin a preguntarle, no sin cierto temor.

El padre, dolido, niega repetidamente con la cabeza y con un evidente gesto de dolor. Demasiadas preguntas para contestarlas en tan poco tiempo. No puede resumir aunque tenga mucha capacidad de síntesis, media vida en cuatro palabras. Por eso calla. Hubiera preferido mil locuras juntas, antes que la evidencia de tan cruda realidad.

PRIMERA PARTE

El hombre, que parece observar con insistencia un punto inexistente, inicia un doloroso monólogo interior. “Mira tu obra, madre, ¿puedes estar satisfecha!”, murmura apretando los labios; “ni tu propia nieta sabe de tu existencia”, le acusa en silencio y con rencor. “Otra mujer se hubiera muerto ya de pena ante el alejamiento de su único hijo varón, sin embargo tú, ni sientes ni padeces, te da igual. Tu lema en la vida siempre ha sido primera yo, segunda yo, y la tercera... ¿también yo!”

De pronto interrumpe sus pensamientos que le hacen todavía mucho daño, y se acerca a la ventana. El día avanza apagando al último lucero rezagado. Se queda pensativo. “Tal vez yo –recapacita sensato– hubiera debido insistir una vez más”. Pero no sabe qué pensar al respecto. Después de tanto tiempo no quiere condenarla del todo sin estar convencido, y bien seguro de que por su parte hizo lo humanamente posible. Pero enseguida reaccionó con rabia, “no debo engañarme. Ya lo creo que puse todo de mi parte, con gusto me echaría la culpa si con ello remediase el mal que he podido hacer. No debo torturarme así. De nada sirvió las veces que le pedí comprensión. Otra más hubiera sido igual, dado el carácter fuerte de mi madre que, junto a su orgullo mal entendido, terminó con cualquier sentimiento de acercamiento entre los dos”, reconoce apenado.

Se regaña a sí mismo sin piedad, “ y ¿aún te parecen pocas las veces que llamaste a su puerta sin obtener contestación? Soy muy indulgente con ella, ni siquiera debería llamarla madre, es una palabra demasiado hermosa que no le va en absoluto. No debo maquillar la verdad por muy dura que me resulte y, mucho menos, excusar su comportamiento. Yo hice todo y más: me humillé, lloré delante de ella, agoté mis energías, hasta caer en una fuerte depresión y... ¿para qué?, ¿para nada! ¿Cuántos años han pasado desde entonces?, demasiados”. Se repite obsesivo, “¿demasiados!”

Una lágrima corre por su mejilla y la limpia de un manotazo, con rabia contenida. La tragedia que acaba de vivir le hace navegar por un mar de dudas, por eso, a veces se siente culpable. Pero reconoce que no debe ser así, quiere tener la mente despejada. Y aunque los hechos los lleva grabados a fuego sobre su piel, ya no volverán a confundirle.

Se pasa la mano fría por la frente fruncida, quiere de una vez ahuyentar los recuerdos que se agolpan insistentemente y sin piedad en su cabeza, y con más intensidad en esta noche angustiada e inacabable. “Yo puse los medios necesarios para que la ruptura entre nosotros no fuera definitiva...”, se tortura volviendo sobre lo mismo. Sabe que sus agrios recuerdos no le llevan a ninguna parte y, sin embargo, vuelve a caer en esa horrible pesadilla. “¡Sólo por enamorarme!, ¡quién lo diría!”, se lamenta entristecido. “Todas las madres se alegran de la felicidad de sus hijos, ¿verdad?”, gesticula como si tuviera frente a él a su mejor amigo como interlocutor, “bueno, pues la mía ¡no!”

El hombre, aún no se puede explicar cómo estuvo tanto tiempo junto a su madre sin enfermar. Puede verla agarrada a su inseparable bastón y repetir una y mil veces infinidad de reproches: “Seremos la comidilla de la ciudad, cuando se enteren de con quién piensas casarte. Ana es una cazafortunas, ¡no te quiere! Inocente, eres más inocente que un cubo. Sólo persigue nuestro dinero. ¿No te das cuenta?”

Otras veces cambiaba de táctica, se ponía melodramática y de pronto gritaba tanto que su voz parece resonar aún hoy en sus oídos: “¡Este hijo me va a matar a disgustos...!, y luego se dejaba caer como si perdiera el conocimiento. Pero siempre, la muy tunante, caía sobre el mullido sofá. “No era poco astuta la señora”, recuerda ensimismado, casi hechizado. En aquellos trances, todo el servicio, corría en su auxilio asustado. Una doncella acudía con las sales, otra con el abanico y no se percataban, las pobres, que la muy ladina las miraba divertida con los ojos medio entornados, riéndose por dentro. Confiaba en doblegar así la tozudez de su hijo; estaba segura que echando teatro a la cosa, tarde o temprano cedería. Sólo era cuestión de tiempo.

Él, la dejaba hacer. Un día descubrió por casualidad su juego y, aunque le estaba convirtiendo la vida en un infierno, pensó lo mismo: “Ya se cansará de tanto desmayo; no tendrá más remedio que claudicar”. Pero se equivocó. Ninguno de los dos dio su brazo a torcer. Él no estaba dispuesto a renunciar al amor de su vida por un capricho maternal. Así pues, cansado de tanta pelea, hizo las maletas y salió de casa dejando a su madre con sus elucubraciones. Recurrió a su novia, prepararon todo y, al cabo de un tiempo se casaron en la más absoluta soledad.

Dejó pasar un año que se le hizo eterno antes de dar señales de vida. Quiso demostrar a su madre su felicidad y, de paso, hacer las paces de una vez. Pero en su requerimiento, sólo obtuvo un desprecio helador. A pesar de ello, no se desanimó. Se armó de paciencia y dejó pasar algo más de tiempo, quería serenar los ánimos. Cuando se cumplió el plazo que él mismo se había dado, volvió a intentarlo de nuevo, pero esta vez, llevando del brazo a su esposa. “Es preciso que la conozca. La querrá tanto como

yo”, pensó inocentemente. “Llegaremos por sorpresa, se alegrarán tanto de verme que no pararán de abrazarme. Además, mis hermanas me ayudarán a convencer a mamá. “No hay enfado que cien años dure, ¡caray!””, se decía convencido en aquella ocasión.

Otra nueva decepción le aguardaba. Al llegar, encontró a su familia tan distante que la moral se le bajó a los zapatos; no llegaron a intercambiar ni dos palabras seguidas. Incluso sus dos hermanas, nada más verles, abandonaron el salón con el pretexto de un dolor de cabeza. De pronto, se dio cuenta con tristeza, que todo seguía como al principio e incluso peor. Su madre ya se había hecho la idea de que había perdido a su hijo, y ni siquiera se molestaba en intentar recuperarlo.

Al nacer su hija Váleri, encontró la excusa perfecta para intentar el acercamiento una vez más. “Esta vez será la definitiva, nuestra hija lo conseguirá”, le iba diciendo a su esposa que, expectante, caminaba a su lado. Ella le miraba con pena y presentía que le aguardaba otra nueva decepción. Por desgracia no creía equivocarse. Empezaba a conocer a esa mujer y, lo que son las cosas, en lugar de odiarla por su rechazo, sentía pena por ella “porque cuando quiera rectificar sus errores será tarde”, razonaba. Sin embargo, guardaba silencio ante su marido. Por mucho que le dijera a su esposo, no le haría cambiar de opinión. Por tanto, permanecía impasible a su lado... “y que sea lo que Dios quiera”, se resignaba.

“Ya verás como nuestras diferencias, en cuanto mi madre abrace a la niña, se quedarán en nada”, repetía el hombre durante el trayecto, sin percatarse del mutismo de su mujer. Esta última decepción le marcó profundamente. No lo sintió por él. Ahora, era distinto. Se trataba del rechazo a su hija, a la nieta de aquella mujer, y eso... ¡no podría perdonarlo jamás!

“Ingrata, mala madre”, iba mascullando de vuelta a casa, mientras sacudía una lágrima inoportuna. Juró no volver nunca más al lado de su madre. En ese instante comenzó un adiós sin retorno posible, con el corazón dolorido empezaba a ser consciente por fin de saber ya el camino a seguir de ahora en adelante. Sin esperar nada, se instaló con su mujer e hija al otro lado de la ciudad, lo más lejos posible. Rompieron con todo su mundo anterior y se zambulleron en la mediocridad de un barrio obrero donde vivió momentos duros. Acostumbrado a tener de todo, pasó a carecer de lo más imprescindible, pero aguantó. Jamás volvió con los suyos, y ellos tampoco le llamaron. Sin embargo, durante años guardó en secreto la esperanza de regresar. En cuanto levantarán un dedo.

El tiempo pasaba y el milagro no se producía. Su esperanza remota acabó debilitándose de una manera definitiva. “Mira por donde –piensa ahora mirando a su hija–, al cabo de tantos años de sentir odio por mis propias raíces, me quedo solo con la niña y debo humillarme y pedir ayuda para ella, como si el cáliz no hubiera

sido apurado del todo”. Pero tardó en rendirse, buscó antes nuevas soluciones al problema que la muerte de su mujer le había planteado. Sopesó los pros y los contras, pero siempre iba a parar a la misma conclusión. “Mi familia será el refugio perfecto para mi hija. Desaparecida mi esposa, no pondrán reparos en cuidarla. Yo, por mi parte, me humillaré una vez más, y aquí paz y después gloria, razonó definitivamente el hombre.

Ajena a la dura batalla interior que libra su padre, Váleri comienza a vestirse. De todas formas ya no volverá a dormirse. En silencio, termina de colocarse alrededor del cuello la bufanda, cuya aspereza le hace brotar unos puntos rojos en la barbilla de los que ni se percata. Finalmente, anuda sus zapatos, se coloca un abrigo beige sobre los hombros, coge su peluche blanco y ya preparada, se dirige a su padre.

—Podemos irnos. Ya estoy lista —dice en un tono cohibido.

La voz de la niña le produce al padre una gran pena. Con una mezcla de dolor e impotencia, la toma de la mano y salen los dos de casa. Mientras bajan las escaleras, al padre se le escapa un suspiro. No se hace a la idea de todo lo que le está ocurriendo. Ayer, como quien dice, eran una familia feliz y hoy todo está perdido. Ya nada será igual para ellos dos. El hombre está seguro de que si su mujer pudiera verlos se avergonzaría de él por alejar a la niña de su lado. “Pero ¿qué puede hacer?”, se pregunta apretando los puños impotente. No sabría ocuparse de ella como es debido. Además, pedir ayuda a la familia, reflexiona, es de lo más natural. Pero claro, evidentemente, no en su caso. Esta situación le hace sentirse incómodo, pero no tiene otra opción, por lo menos, de inmediato. Al menos él no la encuentra.

El aire, todavía fresco, tiene la virtud de despejar en parte sus temores; de ahora en adelante debe ver las cosas bajo un prisma más optimista, si no, se volverá loco. Quizás con la niña sus familiares sean diferentes a como han sido hasta ahora con él. Por lo pronto han aceptado su propuesta sin poner objeciones, y eso, viniendo de “ella”, se refiere a su madre, es un triunfo.

Al otro lado de la acera divisa el coche enviado por su familia. El corazón se le llena de agradecimiento, desde luego, sólo necesitaría oír el chasquido de unos dedos para que corriera a su lado como un perrillo faldero. Se anima, los comienzos no pueden ser mejores. El chofer, gorra en mano, les saluda mecánicamente y con el mismo ceremonial les abre las puertas del vehículo, acomodándoles en los asientos posteriores.

La niña en todo ese tiempo permaneció callada, sólo de vez en cuando alzaba los ojos interrogantes hacia los de su padre, pero sólo ve una mirada ausente cabalgando por infinitas soledades. Todavía no entiende por qué han salido de casa en horas tan

tempranas, y su padre tampoco le saca de dudas. Al percatarse del examen a que era sometido, el hombre la abraza con cariño. Quiere evitar así dolorosas explicaciones, como tener que decirle: “Hija mía, mamá nos ha dejado para siempre”. Sólo de pensarlo se le hace un nudo en la garganta; “Es muy pequeña todavía, más adelante ya lo consideraré”, reflexiona para sí.

El chofer gira la llave de contacto, el motor empieza a ronronear como un gato perezoso, tira de la palanca con movimientos expertos y pone la primera velocidad, el coche obediente se desliza suavemente por el asfalto gris. Muy despacio se alejan del barrio que, a pesar de ser tan temprano, ya bulle de gente. Las fábricas cercanas llevan rato haciendo ulular las sirenas llamando a los obreros. Sus chimeneas erguidas como postes, destacan por encima de los rojizos tejados vomitando un humo pegajoso que se adhiere como una lapa en los marcos de las ventanas. Casi todas las fachadas de los edificios aparecen descascarilladas, principalmente por su cara norte, en la que los vientos la azotan sin piedad. Las calles estrechas siguen aprisionando la noche, aún bien entrada la madrugada, y el sol parece olvidar a sus habitantes, encerrados entre inhumanos muros de cemento.

El conductor sortea hábilmente cualquier obstáculo que se le cruza en su camino. Hay muy poca visibilidad y se ve obligado a dar las luces. Parece molesto, incluso a veces pone cara de asco. Tal vez todo esto le recuerda su niñez desgraciada y necesita salir de allí cuanto antes. Instintivamente aprieta el acelerador y cruza el puente a buena velocidad. Los hierros trepidan a su paso, los faros oscilan suavemente y su luz se debilita con la presencia del crepúsculo matutino que despierta ya por el horizonte. Por un lado alumbran la opulencia de la ciudad y por el otro, la pobreza, haciéndola más miserable si cabe. Abajo, la bruma azulada lame las aguas del río que baja crecido, topándose a escasos metros con un montón de arena fina que él mismo ha transportado. Al bajar la cuesta las casas desaparecen de la vista del conductor que, más relajado, disminuye la velocidad.

Dentro del coche, sus ocupantes, permanecen callados. La niña se adormece en actitud aparentemente tranquila, sólo sus manos parecen temblar un poco aferradas a su muñeco de trapo. Su padre por el contrario no puede sustraerse de los recuerdos y evoca obsesionado los momentos felices vividos al lado de su mujer. Se empeña en grabarlos en su mente para siempre. Hay instantes, sin embargo, que se le antojan irreales, y siente como si quisieran escaparse con ella. Aún perdura en sus labios el sabor amargo de la última despedida. “¿Y pensar que ya no volveré a verla nunca más, y cuando lo haga será eternamente?” Ante este convencimiento siente su sangre correr alocada por sus sienes y un escozor en su roja pupila le alerta que no debe llorar, al menos en presencia de su hija. Ella no debe sufrir, ya lo hace él por los dos.

Mira distraído por la ventanilla. Empiezan a enfilarse ya las avenidas principales de la ciudad. El olor del aire es, sin duda, más perfumado. Atrás dejaron el aroma de potajes con su grasa rancia, de zapatillas viejas, tendadero repletos de trapos remendados o de lentejas chamuscadas ondeando al viento como viejas banderas derrotadas. El chofer, que también percibe el cambio, hincha el pecho y aspira una buena bocanada de aire fresco; quita el pie del acelerador para hablar.

—Señor, entramos en la ciudad —pronuncia las cuatro palabras con alivio, como si hasta entonces hubieran estado metidos en una cloaca a punto de ahogarse.

Ron, el padre de Váleri, asiente con lentos movimientos de cabeza, pero no le contesta. Él, tampoco espera que pronuncie una sola palabra, está seguro que ya se ha percatado de ello, además tiene sus cinco sentidos puestos en el volante intentando evitar a más de un transeúnte que cruza con semáforo en rojo.

Por los alrededores de los centros comerciales el tráfico empieza a ser más denso. Los vendedores ambulantes montan guardia desde primeras horas para conseguir los lugares más frecuentados por los clientes y depositar en ellos sus mercancías con la ilusión de hacer buenas ventas, antes de que aparezca el guardia municipal de turno y les obligue a desalojar el lugar. Salen de la aglomeración a paso de tortuga, pero el conductor ni se inmuta. Parece que está disfrutando del paseo. Por primera vez, aunque tarde en llegar, la señora, no se atreverá a regañarle delante de su hijo. ¿O sí? Ante la duda, gira el volante para aprovechar un claro en el tráfico y alcanzar así la alameda que los llevará directamente a la zona residencial donde viven.

A los lados de la calle, los parterres de narcisos destacan con fuerza a los pies de las palmeras altivas. La brisa sorteja las ramas de los árboles silbando una canción que luego se aleja en susurros. A escasos metros ya, una hilera de edificios de sólida construcción destacan imponentes entre el verdor de los jardines.

Ron no puede apartar la vista de todo aquello tan añorado. Aunque hubiera pasado cien años reconocería esa hilera de setos, siempre tan bien recortados, y los vivos geranios a su lado, recién plantados. El coche sigue su marcha y él cierra los ojos nostálgico. El color de esos narcisos vuelve pujante en sus pensamientos y siente que toda su niñez desfila nuevamente ante su presencia.

Llegan a las puertas de la casa, pero el conductor, inexplicablemente, se distrae y pasa de largo unos metros más. Al percatarse de su error pisa el freno a fondo rompiendo bruscamente el mutismo de los pasajeros. El vaivén inesperado despierta a Váleri, que se aferra al cuello de su padre, asustada. Ron, mientras pasa la mano por los cabellos ensortijados de su hija para intentar tranquilizarla, mira la fachada blanca con expresión enigmática.

Dolor, emoción y otras sensaciones que no sabe describir en esos momentos, se le agolpan en el corazón, desbordando por un segundo su capacidad de resistencia.

Percibe que en todo el edificio tan sólo una luz se filtra a través de los cristales y apostaría su vida, sin temor a equivocarse, que es Sara, la fiel ama de llaves, la que les espera impaciente. No se equivoca; la conoce bien.

Medio adormilada en la butaca, la buena mujer pasa las horas y no ve el momento de tenerles con ella. Cuatro veces, por lo menos, se ha levantado sobresaltada ante el sonido de un claxon, volviendo luego a sentarse desilusionada. En otras tantas ocasiones ha puesto el cazo de la leche a calentar, por si el padre y la hija llegaran destemplados.

Vuelve a oír un coche y va deprisa a la ventana, retira las cortinas a un lado esperanzada y, nueva desilusión, el vehículo pasa de largo. Luego susurra: “no son ellos”. Va a dejar caer nuevamente el visillo, cuando el mismo automóvil da marcha atrás colocándose junto al portal de la casa. “¡Ahora sí!”, exclama convencida, y corre a recibirlos.

—Buenos días señorita —saluda a la pequeña con cariño. Abre la puerta de par en par y se aparta a un lado para dejarles paso y, una vez dentro, apretuja a la niña contra su voluminoso cuerpo, llenándola de besos.

—Buenos días Sara —contesta Ron, como si se hubieran visto la semana pasada. Nada más traspasar el umbral retrocede a su infancia. Son tan nítidos los recuerdos que hasta cree oír la voz chillona de la cocinera regañándole por haber metido los dedos en el esponjoso soufflé. Pero los lamentos de Sara le hacen poner los pies en la tierra.

—¡Ay señorito!, cuántos años han pasado desde que se fue, de “su casa” —y lo recalca a propósito con una mueca rara en su boca, dándole a entender que no le culpa de lo sucedido con su familia. Ella les conoce muy bien, por desgracia.

Él la mira sin expresión, como si no entendiera sus palabras, a estas alturas de su vida está agotado de pensar y volver siempre sobre lo mismo. ¿Quién de los dos, su madre o él, fue el más culpable y quién la víctima? Está seguro que él se llevó la peor parte. Pero ya da igual. Necesita olvidarse de todo aquello. Ahora tiene otras prioridades que reclaman todo su esfuerzo físico y mental, lo demás quiere dejarlo en segundo plano. Un repetido lamento de la sirvienta corta el hilo de sus pensamientos.

—La señora, tan joven, ¡quién lo iba a esperar! —Sara, sin poderse contener, se pone a llorar.

Ron le agradece infinitamente sus sinceras palabras. Ella no tiene doblez, por eso la quiere. Siempre fue como una madre para él, “pero de las buenas”, puntualiza en su interior. En estos momentos siente deseos de refugiarse en sus brazos, como cuando era niño y le dolía terriblemente la garganta, tal vez así, encontrase la forma de aliviar sus penas actuales. “¡Sara, Sara!”, la llamaba a gritos entonces, “me duele

la cabeza...”, y sepultaba el rostro en su abombada falda. Ella, preocupada, dejaba inmediatamente lo que estuviera haciendo y le atendía.

Le ponía la mano sobre la frente, la retiraba y se concentraba para enterarse mejor, luego volvía a tocarle otra vez y, si no se quedaba tranquila, acercaba su mejilla a la de él para no equivocarse en el diagnóstico. “Tienes fiebre, cariño. Vamos, voy a acostarte ahora mismo. Sara te pondrá bueno otra vez”. Le hacía tomar una cucharada de jarabe con sabor a fresa, que no le disgustaba en absoluto. Le tenía dos días acostado y le daba zumos de frutas y, al tercer día, como nuevo otra vez.

Sara sí que sabía de medicina, más que todo los médicos de la ciudad juntos. Siempre existió entre los dos un gran cariño que se mantuvo íntegro a lo largo del tiempo y la distancia. Sin embargo, a pesar de esa mutua confianza, ella nunca dejó de tratarlo de usted. Quizás fuera por costumbre, o tal vez, tuviera la culpa su carácter servil, si no, Ron no se lo explica. Se lo dijo miles de veces: “Sara no me trates con tanto ceremonial, ¡tú no, por favor!” Le regañaba al contemplar su cara escéptica, sabía que no le estaba prestando ningún interés, estaba seguro que no le oía, “¿quieres enfadarme?, ¿eso quieres? Porque si es así, lo dices y nos tiramos los trastos a la cabeza, jovencita”.

Ante esa cuestión tan “comprometedora”, Sara no se decidía ni por el sí, ni por el no. Daba la vuelta, y le dejaba solo, moviendo su desparramada figura, pero su corazón, saltaba gozoso dentro de su pecho. “Yo sigo en mis trece, diga lo que diga el señorito”, iba pensando camino de la cocina. “Sólo faltaba, para completar el duro, que me modernizara de esa manera y llegara hasta el extremo de tratarle así: “Oye, Ron, ¿te sirvo ya el almuerzo? Se ríe de sus propias ocurrencias. ¡Jesús!, mi muchacho tiene cada cosa...”

Ron, como si le costara un esfuerzo enorme volver a la realidad, pone emocionado la mano en el hombro de Sara y le da las gracias por todos sus desvelos. Antes nunca tuvo ocasión de hacerlo. De pequeño creía, iluso, que su comportamiento para con él, era lo normal. Después, de mayor, su precipitada huida de la casa dejó pendiente el encuentro sincero entre los dos. Gira la cabeza, no quiere ponerse sentimental. De sobra sabe cada uno que tiene el cariño incondicional del otro.

Ron mira a su alrededor y se extraña de no ver a nadie de su familia.

—¿Mi madre? —se le escapa la pregunta que no quiere pronunciar. Es como si la echara de menos, y no desea demostrarlo.

La sirvienta apartó la mirada. Él siempre consigue leer en sus ojos lo que piensa, y no quiere arriesgarse, ya están demasiado mal las cosas entre madre e hijo como para echar más leña al fuego. Y aunque el desprecio a “su niño”, como íntimamente

lo llama, lo siente en sus propias carnes, no quiere herirle más e inicia una disculpa lo más creíble posible.

—No se enfade con la señora, últimamente anda un poco “pachuchilla”. Los años, ya sabe, no perdonan a nadie –improvisó sin demasiada convicción.

—Ya, ya. Ni ella tampoco perdona... –lo dice casi entre dientes, sin pretender dialogar con Sara, pero se siente incapaz de contener sus irascibles elucubraciones– ¿Y mis hermanas, también están enfermas, verdad? –se mofa reticente ante sus propios fantasmas.

—¡Vaya epidemia asola estos lares! Yo que tú, me vacunaría, Sara –insiste burlón, pero sin ánimo de ofender a la sirvienta–. ¡Ay Sara!, tu noble corazón no te deja ver la mezquindad de los demás.

La cara de la pobre mujer al verse descubierta, empieza a enrojecer. Además no entiende ese galimatías de palabras con el que Ron la obsequia. Cree estar oyendo ruso y, queriendo salir del apuro cuanto antes, lo único que hace es titubear como si fuera tartamuda. No sabe por dónde zafarse.

Ron la ve tan apurada, que se compadece de ella. Por nada de este mundo quiere hacerle pasar un mal rato a la única persona que se ha preocupado por él. Intenta tranquilizarla.

—Está bien. No te esfuerces en disculparlas; mira, me da exactamente igual verlas aquí o en la China –y se encoge de hombros con arrogante desprecio–. Te juro que no me entra ni frío ni calor. Que quieren..., pues ¡quiero!, que sienten desprecio por mí..., pues yo, ídem de ídem.

Sara no puede comprender con exactitud el significado de esas palabras pronunciadas aparentemente despreocupadas, pero que suenan muy llenas de amargura en sus oídos. Algo no encaja en su limitado entender. Quisiera ayudar a su señorito, pero no sabe cómo, y eso, la preocupa. Están atravesando ya el enorme pasillo y no es capaz de articular ninguna palabra de consuelo. Todas las ideas que le vienen a la mente las rechaza por insulsas; se esfuerza por encontrar la frase apropiada que calme a aquel hombre, pero no halla ninguna.

Ron, por su parte, tiene sus cinco sentidos puestos en las puertas tras las que, supone, descansa su familia. Sin pensar muy bien lo que hace, se para frente a una de ellas con las mandíbulas apretadas. Sus ojos miran con tanto rencor que desmienten por completo lo que dijo a Sara segundos antes. Le gustaría gritarles en la cara, pedirles explicaciones por su comportamiento tan mezquino para con él y su hija. Intuye que una vena de locura cruza peligrosamente por su cabeza, capaz de obligarle ahacer cualquier barbaridad...

—Anda, vamos a ver el cuarto, no dudo que, lo habrás dejado como los chorros del oro, según eres tú... —Ron decide finalmente dejar las cosas como están.

“Ya, ya...”, piensa la sirvienta, mientras se adelanta, para dar las luces. “A esta vieja no la puedes engañar, te conozco demasiado. Hace un rato, asegurabas que no te importaba el proceder de tu familia y al cabo de un segundo se te ve sufrir como jamás he visto a nadie”. Abre la puerta y, antes de invitarles a pasar, hecha un vistazo por la habitación. Quiere cerciorarse de que todo sigue como lo dejó ella horas antes. Sólo entonces les permite pasar, e inicia una retirada discreta. Él se da cuenta de la maniobra y se lo impide decidido.

—No puedes irte ahora precisamente —le dice casi al oído y con mucha humildad—. Debes ayudarme, porque es preciso convencer a la niña para que se quede un tiempo aquí.

Váleri, que no les ha quitado un ojo de encima desde que entraron en la casa, les mira ahora perpleja. Muestra evidentes signos de echarse a llorar de un momento a otro. Su padre, en un intento de tranquilizarla, la toma en sus brazos y le habla con cariño.

—Mira Váleri, vas a quedarte aquí unos días con Sara. Hasta que yo resuelva unos asuntos. Vendré a verte todas las tardes. No debes preocuparte, estarás bien. Confía en papá. ¿Me prometes obedecer? —a Ron también se le enrojece la cara y parece que va a sollozar.

El rostro infantil se ensombrece por momentos, mientras él se obstina en fingir una alegría y un optimismo que no siente. Llama a Sara que, discreta, se mantiene a prudente distancia. La chiquilla sigue escéptica. Lo que dice su padre le suena a cuento chino. ¿Vivir en aquella casa con esa señora, cuyos ojos brillan como el cristal? ¡Ni hablar!, ella prefiere estar con su madre. Por lo tanto, que no insistan.

Ron, esgrime a la desesperada el último argumento para interesar a la pequeña.

—Mañana, además, conocerás a la abuela y a tus tías. ¿No les harás el desprecio de irte, verdad? Están deseando abrazarte —y hace un guiño a Sara disculpándose por esta mentira piadosa que acaba de inventarse.

La doncella encoge los hombros, frunce la boca y devuelve el mensaje con un gesto elocuente, como diciendo “hace bien señorito, a los niños, no se les debe de transmitir el deseo de rencor a nadie, y menos a la familia”.

A pesar de estar agotado, Ron sonríe tristemente al verla gesticular así, pero enseguida vuelve a sumergirse en su dolor. El hecho de separarse de su hija le tiene traspuesto. El ama de llaves teme que de un momento a otro se derrumbe y a ella se le partiría el corazón. Está segura de que la niña, tarde o temprano, se acostumbrará

a su nueva vida. Además, ella estará a su lado para que así ocurra. Pero a él, ¿quién le ayudará?

—Se le pasará, no se preocupe. Váyase a casa dormir un poco —le repite Sara persuasiva a Ron camino de la puerta—. ¿No confía en mí? ¡Hágame caso! —Y antes de darle tiempo a reaccionar le empuja suavemente hacia la salida, cerrando luego tras de sí.

Con la misma celeridad vuelve al lado de la niña, haciendo crujir sus enaguas pasillo adelante. La encuentra triste por la ausencia de su padre, pero ella ya lo tiene previsto y cogiéndole la cara entre sus manos la lleva hacia la cama, animándola para que duerma un poco.

—Ahora descansarás un rato, que bien lo necesitas ¡pobre criatura! Luego, vendré a buscarte y conocerás a tu familia. Te voy a dejar la lámpara encendida y así no tendrás miedo, ¿de acuerdo? —le dice Sara mientras le ayuda a introducirse en la cama.

El ama de llaves no obtiene ninguna respuesta. La niña tiene la mirada en un punto del horizonte y parece no oír nada. Sara no se decepciona por ello, casi espera esa reacción, lo contrario hubiera sido hasta anormal. Sigilosamente sale de la habitación con un propósito firme: “Dentro de poco intentaré ganarme su confianza, ahora debo reponer fuerzas yo también porque cuidar una niña es cosa muy seria”.

Váleri mira la puerta por donde acaba de desaparecer Sara. De pronto siente sobre sus frágiles hombros todo el peso de la soledad, agrandada además por su corta edad. Estudia minuciosamente el entorno desconocido, las sombras de los cristales que proyecta la lámpara del techo trepan por la pared como duendes burlones, haciéndole cerrar los ojos de miedo. Suspira perdida entre las sombras y solloza sobre la almohada.

No sabe cuanto tiempo pasó así, pero después de esa explosión de dolor, se encuentra más aliviada, aunque agotada por tantas emociones. Su mente empieza a vestirse con rumores y las penas se quedan rezagadas. Finalmente, sus tristezas se deslizan de puntillas hacia la salida. Acaba de dormirse.

A media mañana el sol intenta colarse en la habitación a través de la persiana. Un gorrión sin apenas plumaje, se mantiene a duras penas sobre el alfeizar de la ventana, a punto de caer al vacío a nada que se descuide. Sus débiles picoteos en la madera despiertan a Váleri. Abre los ojos sorprendida. De momento no ve bien, es algo así como si mil arañas hubieran tejido una tupida malla sobre sus pupilas. Parpadea varias veces seguidas para recuperar la visión cuanto antes. Está empezando a asustarse de verdad porque el entorno le es totalmente desconocido. La cama, por ejemplo, toda de hierro negro, es demasiado triste. Ya se ha dado dos

buenos coscorrónes contra los duros barrotes de la cabecera. En cambio, la de su casa, es de madera blanca con unos simpáticos enanos pintados sobre el frontal.

En ese trance empieza a creer que le han raptado. Si no, ¿por qué se encuentra allí! Terminada la inspección decide esperar acontecimientos. No piensa moverse de la cama. Aunque, ahora que hace memoria, una señora bondadosa le prometió volver enseguida a su lado y está segura que lo cumplirá. No tiene cara de mentirosa. Más tranquila, Váleri entretiene la espera con algunos de sus juegos imaginarios. Primeramente empieza dibujando sobre la pared los contornos de una flor con ocho pétalos sedosos bien rojos; al tallo, ligeramente inclinado por el peso de la peonía, le coloca seis garfios ganchosos, tres arriba y tres abajo, teniendo mucho cuidado de no acercarse mucho, por si tuviera intenciones perwersas.

Más tarde comienza su juego favorito. Está segura que tiene dones especiales. Sólo debe cerrar el ojo derecho y ya puede aprisionar con dos dedos el armario entero ¡es increíble! Seguro que si se lo dijera a alguien le tomaría por loca. No es de extrañar, a ella también le parecen cosas del otro mundo. Lo descubrió por casualidad hace ya tiempo, y todavía hoy conserva esos poderes. Incluso, si quiere, puede llegar a más; puede hasta desplazar los objetos, y de una manera la mar de fácil. Sólo tiene que abrir el ojo derecho y cerrar a continuación el izquierdo, para que el armario entre y salga de sus manos, como si fuera una pluma. “Si estos no son poderes sobrenaturales como los que tienen algunas personas en la televisión, entonces ¿qué son?”, se pregunta a sí misma.

En ese instante, el pomo de la puerta gira suavemente, pero la niña no se da cuenta del detalle. No es extraño porque, según ella, necesita mucha concentración para poner en marcha sus poderes mágicos.

—Hola pequeña —saluda Sara con cierto aire jovial. Está dispuesta incluso a cantar la “parrala” con tal de ganarse su afecto.

—¿Has descansado bien? —insiste el ama de llaves con una amplia sonrisa.

La niña, con la mano en alto y el armario entre los dedos, reconoce su voz y se alegra, pero no responde al saludo, sólo sonríe tímidamente. Sara, al ver la aptitud de la pequeña, se anima un poco. Esperaba encontrarla llorosa. Se acerca eufórica al ventanal y arremete contra los pesados cortinones, abriéndolos de par en par. Las anillas, al ser plegadas, expanden por la habitación un sonido alegre de cascabeles y un chorro de luz le dio a la mujer en plena cara, proporcionándole una energía nueva

Se acerca a la cama. La chiquilla espera tapada hasta las orejas. “Es preciso vencer esa timidez como sea, he de ganarme su afecto, me cueste lo que me cueste”, se dice Sara a sí misma, y se hace mil propósitos mientras aparta despacio las sábanas de la cara de Váleri.

—¿Dónde está la niña más bonita de esta casa? —le canturrea, acariciándole la frente. Ante el halagador piropo, la ve entornar los ojos, incluso se incorpora un poco con orgullo para dejarse caer coqueta otra vez sobre la almohada.

Sara, de momento, se da por satisfecha e inicia con ella una especie de juego.

—Ahora nos levantamos de la cama, nos arreglamos y listas para desayunar. Tu familia espera, ¿sabes?

Unos ojos infantiles y redondos se clavan con temor en los del ama de llaves.

—No te preocupes, yo estaré a tu lado —se apresura a tranquilizarla—. A tu papá le crié yo solita —le dice con orgullo—. Y ahora pienso hacer lo mismo con su preciosa hijita, ¡que eres tú!

Y hunde varias veces el índice en el pecho de la niña, para arrancarle una sonrisa. Está segura que la tiene preciosa. Se miran fijamente y, de pronto, Sara recibe el mayor regalo de su vida. Váleri extiende los brazos y esconde su cuerpo menudo en el voluminoso regazo de la mujer.

El día había avanzado demasiado cuando las dos, Sara y Váleri, cruzan el vestíbulo muy deprisa, camino del comedor. Sara, consciente del retraso tira apurada del brazo de la pequeña, que se muestra perezosa. La señora no transige con los retrasos, lo sabe muy bien. “La lleva usted a mi lado, no más tarde de las once y media”, le había dicho el día anterior con un “orden y mando” de mucho cuidado. “¡Sargentazo!”, murmura Sara entre dientes y con mucha precaución para que no la oiga la niña, porque no quiere asustarla más de lo que está.

—Sí señora, como disponga la señora —se había apresurado a contestar Sara sin vacilar. Cualquiera le lleva la contraria. Por lo menos, “llevarla” a su presencia, nadie puede negar que lo está haciendo, pero claro, cumplir el horario a rajatabla, eso... ya es otra cosa. No había contado con algunos pormenores, aparentemente sin importancia, que se aliaron en su contra haciéndole perder un tiempo precioso. Por ejemplo, reflexionaba “fíjate que cosa más simple es el hecho de elegir un triste vestido”, pues empleó en esa tarea más de un cuarto de hora. La niña se empeñaba en colocarse uno crema con demasiados lazos, y ella pensaba que otro, exento de tanto perifollo, sería el más indicado. Al final optaron por un conjunto de blusa y falda.

¿Y peinar las trenzas? Sólo de pensarlo le dan sofocos. Hay que ver el lío tan tremendo con tanto pelo enredado. Nudos y más nudos tuvo que desenredar entre los lastimosos “ayes” de la niña.

De pronto Sara acorta el paso. “Pero... vamos a ver, tengamos calma, ¿por qué tengo que pasarme media vida corriendo y la otra también?”, se dice a sí misma. “¡Esta mujer, siempre estresando al personal! Nada, me lo voy a tomar con calma, si no llegamos a una hora, llegaremos a la siguiente; el caso es llegar, ¡caramba!”, murmura de manera audible mientras mira al frente. El pasillo, le parece eterno, y sin acordarse de los razonamientos que se ha dado antes, termina apremiando otra vez a Váleri.

—Vamos, hija, vamos, no te distraigas, que no llegamos. Hoy a tu abuela, de la rabieta le subirá la tensión hasta ponerla en comunicación con los gorriones, y a mí me echará una buena reprimenda sin tener en cuenta mis canas —comenta Sara en voz alta, sin dirigirse a nadie en concreto.

No se equivoca la doncella al pensar así. Es como si leyera en los pensamientos de su señora, porque en esos momentos, la anciana y sus dos hijas, sentadas desde hace rato alrededor de la mesa del comedor, dan muestras de un fastidio enorme. La mayor de las hijas tiene unas ganas locas de “mordisquear” el bollo de mantequilla, pero como está muy bien educada, aguanta el apetito. Aunque no engaña a nadie, porque el malhumor se refleja claramente en su cara adusta

La menor de ellas, y eso no quiere decir que sea una jovencita, parece algo más tranquila así a simple vista. ¡Qué lista!, antes de ir al comedor se comió un par de galletas del bote que guarda celosamente en su habitación, para poder presumir de que ella puede controlar estupendamente su estómago. Su madre no cesa de mirar impaciente la puerta entreabierta por donde se supone que entrará el ama con la chiquilla.

—¡Por fin!, ¡ya era hora! —exclama al verlas aparecer, con esa soberbia que no se apea de ella ni dormida. Y, a todo esto, sin dejar de mirar a Sara en mudo reproche. Sin embargo, no hizo el menor ademán de levantarse y abrazar a su nieta.

Sara, que ya está de vuelta de todo, sin demostrar preocupación alguna le saluda con lenta parsimonia pasando por alto las desagradables manifestaciones de la señora. No quiere alterarse y menos, preocupar a la pequeña poniéndose a su altura. Se da cuenta que tres pares de ojos observan sus movimientos, así que toma a la niña de la mano y la dirige suavemente hacia su familia.

—Señora, ésta es Váleri —dice solemne, pero enseguida rectifica—. Mejor dicho, aquí tiene a su nieta... —y se le queda mirando hasta con insolencia, sintiéndose moralmente muy por encima de su señora.

“Aquí la tienes” —dice para sí—, “a ver si ahora eres capaz de asegurar que no es nada tuyo”. Una sonrisa entre satisfecha y complacida pugna por salir de su boca al contemplar la cara contrariada de la anciana. No le perdona, por mucho que lo intente, la crueldad empleada con su hijo. Ella, que hubiese dado gustosa la vida por conservarlo a su lado y en cambio, su verdadera madre, lo ignoró durante tantos años. ¡Parece mentira! Hoy, al mostrarle a su nieta, en parte se había vengado un poco.

Sara deja caer sus ojos acusadores sobre su señora, escudriñando hasta el más mínimo gesto. Piensa que por dentro está “que trina”. La vieja, enemiga de demostrar sus emociones a extraños, ahora adorna su escote con un precioso camafeo de marfil, que oscila perceptiblemente delatando la tormenta que se ha levantado en su corazón. Incluso Sara, fijándose un poco mejor, puede percibir el latido de una gruesa vena azulada que cruza la frente surcada de su señora. Pero no se compadece de ella. El gran día estaba por llegar y llegó. Ahora, hasta podía morirse a gusto, si no fuera por “este angelito”.

Las hijas en cambio permanecen impasibles, como si no fuera con ellas. Examinan de soslayo a su sobrina, pero lo hacen sin interés, sin demostrar otro sentimiento que no sea la impaciencia por retrasar el desayuno. Enseguida vuelven a su apatía habitual.

El ama de llaves no quiere prolongar por más tiempo la escena, “¡a ver si le da un patatús a la anciana y encima tenga que correr yo en su auxilio! No sería la primera vez, es una ladina de cuidado”. Tras esta reflexión, Sara opta por alejar los cargos sobre su conciencia, porque luego duerme mal. Así que, dobla las rodillas y se pone a la altura de la pequeña. Al recibir todo el peso del cuerpo, sus huesos gastados crujen como si los tuviera sometidos en un potro de tortura, obligándola a soltar un “ay” doloroso, que no puede reprimir.

—Váleri, saluda a tu familia —le dice persuasiva, y con ganas de terminar de una vez.

La pequeña no lo tiene claro. Calla y se aferra a sus faldas buscando protección.

—Obedece, cariño. Hazlo por mí, ¿quieres? Mira, esa señora, es tu abuelita, la madre de tu papá —insiste y vuelve a insistir más todavía. A la madre de Ron la ve a punto de perder la paciencia. “Hoy saldrán todos por peteneras y, si no, al tiempo”, murmura.

Váleri frunce la frente dubitativa. Está sopesando la conveniencia de obedecer a Sara o no. Esas señoras tan raras no pueden ser nada de ella. ¿No se habrá equivocado de casa? Aunque, mirándolo por otro lado, si les saluda tampoco le puede pasar nada malo.

Por fin, se decide a hacerlo, pero, con una condición.

—Sara debe quedarse aquí, conmigo. De lo contrario me voy con ella —impone su regla con una voz profundamente tenue, pero decidida.

Ahora sí que, oyéndola, se les ha ido el sopor de golpe a todas las mujeres. “¡Tan pequeña y ya es capaz de hacer su santa voluntad!... Me llevará tiempo doblegar a esta mocosa malcriada”, piensa la anciana, mirando a Váleri enigmáticamente y con cierta distancia.

Sara se lo promete, y la niña comienza a dar unos pasos inseguros hacia delante. Después sorprende a todas saludando como una persona mayor; se apoya en el brazo del sillón, estira el cuerpo y estampa dos sonoros besos en la mejilla de la anciana.

—¡Buenos días abuela!

A pesar de este inesperado gesto, tierno, afable y capaz de fundir un bloque de hielo, la señora no se conmueve. Muy al contrario, se guarda muy bien de mantener en su rostro esa dureza innata en ella. La niña no se percata de ello, bastante tiene

con recordar las advertencias de Sara “no te olvides de besar a las tres”. Y en eso está. Saluda primero a una, luego a otra y, finalmente, a la última, que no para de pestañear.

Las tías lucen sendos vestidos oscuros en forma de túnica que les cubre hasta media pierna. El cabello, peinado hacia atrás, muy tirante, enmarca sus rostros descoloridos. Es difícil adivinar si están contrariadas o, simplemente, son así. La mayor, al sentir la caricia de su sobrina esboza una sonrisa que no llega a tal, más bien se ha quedado en una mueca prendida en los labios apretados. Nadie en la casa recuerda cuándo la vieron alegre por última vez. Realmente, tuvo motivos en su día para sentirse desgraciada. Eso nadie se lo niega, pero que se lo hiciera pagar a todos con su agrio carácter, ¡no es justo!

Dos meses antes de su boda, el novio murió de repente sumiéndola en la desesperación más absoluta. Se negó a aceptarlo y andaba por la casa traspuesta y llamándole a gritos. Los días siguientes, una fiebre altísima la retuvo en el lecho mucho tiempo. Tan pronto sus lamentos rasgaban la quietud de la noche, como se ponía a cantar sin venir a cuento, manteniendo en alerta permanente a todo el personal de la casa. Viendo el cariz que tomaba la enfermedad los médicos temieron por su salud, no sólo la física sino también la mental. Incluso apuntaron la necesidad de internarla en algún centro especializado.

Una mañana, la doncella entró en su habitación, como lo hacía cada día, y la encontró semi incorporada en la cama y se asustó. La pobre parecía un manojito de huesos, pálida como un sol de invierno. Pero la criada supo disimular bien su sorpresa, manteniendo la mirada interrogante de la enferma sin apartar la suya.

—Buenos días señorita —la saludó lo más alegre que pudo, y ella contestó mucho más tranquila. Ningún signo de repulsa vio en el rostro de la muchacha, por lo que la enferma dedujo que, tal vez, no estuviera tan mal como pensaba.

—¿Cuántos días llevo aquí? —preguntó como si tal cosa.

La chica no estaba preparada para responder a esa pregunta y empezó a titubear. “¿Cuántos le diré? Si soy sincera ¿se pondrá peor?” Intentó salirse por la tangente cambiando de conversación a ver si colaba; pero lo hizo fatal. “¡Santo Dios, ilumíname!” Sin embargo, la respuesta, le llega de la propia enferma. Se ha dado cuenta de los esfuerzos que la chica está haciendo por evadirse y no está dispuesta a dejarse engañar. “Quiero la verdad, ¿me oye bien? La prefiero a una simple mentira piadosa. Así que, si está pensando decirme una cosa por otra, ¡olvídelo! Es una orden en toda regla.

—No pensaba hacerlo —se disculpa azarada la muchacha—. En total, ha estado traspuesta mes y medio, día arriba día abajo —le dice dando un tono despreocupado

a su voz. Y vuelve a su trabajo. No quiere verse en otro aprieto semejante, porque la señorita parece medio bruja y adivinado sus intenciones. Mira a la enferma de reojo a través del espejo de la consola y se asusta. La ve apartar la ropa y salir de la cama. Corre su lado alarmada.

—Pero ¿a dónde quiere ir? ¡Se va a caer!, deje al menos que le ayude —dice la sirvienta acongojada.

Ella no la escucha, sólo repite para darse ánimos: “Yo sola he de aguantar mi dolor, es hora de poner mi vida en orden”. Y como si fuera una pluma transportada por la brisa, se planta en medio del cuarto. Eso la pone incluso peor. Rechaza violentamente toda ayuda, a pesar de que nota que todo gira a su alrededor, y un zumbido en los oídos le anuncia la inminente pérdida del conocimiento. Pero resiste valiente. Sus manos huesudas, aferradas al sillón, ayudaron mucho a unas piernas temblorosas. Respira fuerte, aguanta un poco más, el trance más duro acaba de pasar.

—La recuperación llegará poco a poco, pero llegará... —apenas la oye murmurar entre dientes la doncella.

A partir de ese día procuró hacer vida normal, nunca permitió que le sirvieran el almuerzo en la habitación. A su hora, se encaminaba como un autómata al comedor y ocupaba su lugar en la mesa, sin gota de apetito, pero nunca faltó. Los domingos salía temprano de casa para oír misa. A la salida hacía sol se daba una vuelta por el parque, pero ya jamás volvió a ser ella. La comunicación con la gente fue imposible, estaba encerrada en un mundo donde sólo tenían cabida sus recuerdos y una inmensa tristeza pegada a la piel, que le iba matando lentamente.

La hermana menor, en cambio, está conmovida por el gesto espontáneo de su sobrina y se toca complacida la mejilla, donde recibió el beso de Váleri. Físicamente, las dos hermanas son muy parecidas, quizás ésta luce más rellenita, pero lo disimula bien poniéndose faldas amplias. En un gesto mecánico, achica continuamente los ojos para captar mejor los objetos, apareciendo a veces, como una simple raya horizontal sobre su rostro anguloso. A ratos, sin saber por qué, los mantiene fijos en un punto cualquiera horas y horas, dando la sensación de estar en éxtasis.

Al verla así, dan ganas de protegerla. Y ella no se molesta, su orgullo no llega a tanto. Cuando le ayudan a caminar o quitan una silla de su trayecto lo agradece con una sonrisa amplia y sincera. Recorrió con sus padres las consultas de los mejores oftalmólogos de la época, pero ni uno solo fue optimista en el diagnóstico. Todos coincidieron que el problema era irreversible y la ciencia no podía hacer nada al respecto.

A pesar de su limitación, supo adaptarse con cierta facilidad. Sale poco de casa, no ha tenido novio y nunca ha demostrado carencias afectivas masculinas. Le basta con el cariño de sus amigas que, en sus frecuentes visitas, no dejan de contarle los chismes de la ciudad. Ahora, la llegada a casa de la sobrina acelera su corazón e intuye que un soplo de aire fresco se pasea por el salón. Da la sensación de que ella sí está contenta de tener a la chiquilla a su lado. Aunque se guarda bien de manifestarlo abiertamente.

Tras el saludo y los inesperados besos de Váleri, la abuela ordena a Sara que se retire e indica a su nieta que tome asiento. Ha consultado el reloj de su muñeca por lo menos cuatro veces seguidas. Es muy típico en ella no decir nada de lo que le molesta, para luego hacérselo ver al ama de llaves con insinuaciones tontas y, en este caso, es obvio que le parece tardísimo para desayunar. En la mesa, el pan tostado cubierto de mermelada de frambuesa espera ya frío. Un punto a su favor. El café, aguanta un poco más el calor, porque un velo de nata ondulante se empeña en protegerlo, pero aún así humea débilmente. La doncella se acerca respetuosa. Es su turno y debe servir la leche. Mientras lo hace, apenas se fija en la señora porque, como ella reconoce, “sólo con tenerla cerca, me pone cardíaca”.

Al terminar de llenar la última taza no le queda más remedio que mirarla si quiere cumplir todos sus deseos. Tiene la santa manía de darle órdenes con unos gestos de lo más humillante, como si el servicio no fuera digno de que se le dirigiera la palabra. Menos mal que está acostumbrada a interpretar sus tonterías, si no... se hubiera llevado unas regañinas de mucho cuidado. Por ejemplo, un movimiento de la mano derecha indica que debe retirarse si no quiere incurrir en su enojo; su diminuta cabeza movida a derecha e izquierda da a entender que le molesta la claridad una barbaridad y, por tanto, debe cerrar cuanto antes los cortinones. Lo que nunca ha sabido descifrar es el despectivo fruncido de sus labios, pálidos y rectos. “Ahora que lo piensa –se pregunta– ¿no sería una especie de asco hacia su persona? Si fuera así... –va pensando camino de la cocina– ¡cualquier día le estampo la tetera en la cara y me quedo tan ancha!”

Mientras tanto, la niña no sabe con quien hablar. Mira a una y a otra pero nadie le presta atención, intenta distraerse por su cuenta contando las cerezas rojas bordadas en el mantel de hilo. Acaba de descubrir un ramillete con cinco de ellas bien gordas y presume que puede haber alguna más debajo del cuenco de la mantequilla. Ni corta ni perezosa decide comprobarlo, pero en ese momento la voz adusta de su abuela la sobresalta.

—Nena, tengo curiosidad por saber si tus padres te hablaron alguna vez de mí, ¿lo hicieron?

Váleri se queda sin aliento por la sorpresa y mira fijamente a la anciana mientras niega nerviosamente con la cabeza. La impulsiva forma de responder exaspera a la anciana que, unido al convencimiento de saber que para su hijo ella estaba muerta, le provoca una crisis de soberbia y arremete contra su nieta culpándola de sus frustraciones.

—¿Tampoco te han enseñado a hablar correctamente? ¡Así contestan los burros!

—¡Madre, no es justo!... —su hija mayor, intenta mediar en aquella guerra tan desigual.

La anciana pasa por alto la interrupción y continúa con lo mismo. Cuando algo se le mete entre ceja y ceja no para hasta quedarse satisfecha.

—Has debido salir a quien yo sé —comenta despectiva, mientras lleva a la boca una tostada repleta de miel.

La niña no es tonta, y a pesar de su corta edad, comprende en el acto el velado insulto, pero sobre todo a quién va dirigido, y eso le duele. De un salto se planta delante de su abuela, dejándola aturrida por la sorpresa.

—Me han enseñado a ser buena, en cambio tú eres mala por criticar a mis padres —toma aliento, se permite un respiro y, como le parece poco lo que ha dicho, insiste de nuevo—. Eres mala, requetemala —después, vuelve a sentarse asustada de su propia osadía. A fin de cuentas, se encuentra en una casa extraña, donde la madre de su papá no la quiere, está bien claro para ella; si no, le hubiera preparado las tostadas en lugar de regañarla como lo está haciendo.

Váleri abandona las manos sobre su regazo negándose a comer. Sus ojos, al primer parpadeo, dejan escapar las primeras lágrimas por culpa de su abuela, y lo peor de todo, “nadie de estas tres señoras, parecen dispuestas a consolarme. Si así son las abuelas, mejor será no tener ninguna”, razona la niña.

Váleri quiere escapar de allí, correr junto a sus padres y perder de vista a esta mujer que parece odiarla sin conocerla. Mira a su alrededor. Dos puertas lacadas en blanco aparecen semi abiertas, pero por allí no puede huir, sólo separan el comedor de la sala principal; por el frente, imposible hacerlo, un cesto de flores silvestres adorna el supuesto hueco de la falsa chimenea que, sobre ella, un reloj de bronce, desgrana en esos momentos la hora con sonido monocorde; por su izquierda, ¡ni lo intenta siquiera!, tendría que estar loca de remate. Ella tiene poderes, eso ya lo sabe, pero al menos que se convierta en un fantasma no podría traspasar la gruesa pared que se extiende a lo largo de la estancia. Pero nunca ha hecho la prueba y prefiere no arriesgarse. Pegadito a esa pared se encuentra un buró de patas estilizadas, y en su encimera luce un marco de plata perpetuando a unos abuelos. En estos momentos se da cuenta que a estas cuatro paredes, adornadas con hermosos cuadros, ya solo

podrá verlas de ahora en adelante como una cárcel donde la obligarán a permanecer ¡sabe Dios hasta cuándo!

La anciana recibe el reproche sin parpadear. Tampoco replica a su nieta, una cosa poco habitual que, incluso, sorprende a sus propias hijas. Ella sigue desayunando como si no se enterara de nada. Toma la taza y no la suelta hasta que no bebe la última gota de café. Después hace sonar la campanilla reclamando a la doncella, sin importarle si las demás han terminado o no.

El nervioso tintineo llega claro a la cocina. Rita se quita con premura el delantal de faena, se coloca uno blanco de puntillas almidonadas, cubre sus manos con guantes a tono y se dirige deprisa al comedor. El sol entra ya por el ventanal con fuerza. Lo primero que hace, adivinando los deseos de la señora, es cerrar bien los pesados cortinones. Hasta dejar tal penumbra que una mosca hubiera podido dormir plácidamente toda la mañana. A continuación recoge el servicio en una bandeja de plata y vuelve a irse sin mediar palabra. Lo tiene muy claro. Un día, tuvo la ocurrencia de sugerir, ya ni recuerda qué cosa, y la señora le dio una buena contestación, dejándola más plantada que un seto.

—¿Alguien le ha pedido su opinión?

¡Virgen santa que mujer más desagradable! Después de esto, no se atreve ni abrir la boca. La niña parece muy triste, no ha probado bocado, pero ¡cualquiera se arriesga a consolarla!...

La anciana y sus hijas dejan las servilletas sobre la mesa y se retiran a sus respectivas habitaciones ignorando la angustiada mirada de la niña. Sara oye cerrar las puertas y vuelve apresurada al comedor; ha estado todo el rato nerviosa, expectante, con ganas de saber cómo se desarrollaban los acontecimientos allí. Y no se ha equivocado. Encuentra a la chiquilla pegada al asiento sin atreverse ni a respirar. “Lo que me temía, esa mujer no tiene corazón”, dice desconsolada. Y ella que empezaba a tener remordimientos por haber sido tan dura... “¡está claro que no ha sido suficiente”.

A pesar de su mal humor, se dirige a la niña con otro talante.

—Váleri, no hagas caso, las mayores hacemos cosas raras y tu abuelita es muy pero que muy mayor. Pero no debes decírselo, ¿eh? —dijo el ama de llaves con una sonrisa de complicidad. Y luego añadió algo más.

—¡No es poco presumida!... Pero bueno, ahora mismo nos vamos de compras tú y yo ¿te parece bien?

Un par de estrellas brillantes se abren en el rostro agradecido de la niña. Se pega a ella como un soldado dispuesto a cumplir órdenes.

—¿Nos vamos ya? —dijo Váleri con la boca abierta.

La impaciencia de la niña hace sonreír a Sara.

—No tan deprisa jovencita —le dice mientras se esfuerza por contener un hipo que raya en lo escandaloso, y que ella achaca a las preocupaciones, pero todas saben en la casa, que el desayuno demasiado copioso es el culpable.

Váleri, le tira de la falda con fuerza.

—¿Se te pasa ya?

Antes de contestar lo piensa bien. Todavía le duele el estómago.

—Eso espero —le dice con miedo, ya que no las tiene todas consigo.

Váleri se empieza a impacientar. Sara le ha prometido salir a la calle y no puede volverse atrás. Si hace ruidos, que se tape la boca con las manos, pero ella ¡quiere irse ya! Sara intenta calmarla de todas las maneras. Ahora debe pasar por la cocina porque la señora le habrá dejado escrito un rosario de cosas para traer del mercado y ella por su parte, debe echar un vistazo a la despensa; se están quedando sin legumbres. Mientras tanto espera a que le desaparezcan las molestias del hipo.

—Volveré cargada como un burro —dice a media voz, y echa a andar camino de la cocina.

El santuario de la cocinera, como ella llama siempre a estas dependencias se encuentra al otro lado del vestíbulo. Allí, la autoridad de Claudia, la cocinera, es indiscutible, lo sabe todo el servicio. Sólo la señora y Sara pueden contravenir sus ordenes.

Rita, la doncella, no tiene ningún problema; no le importa quién le mande. Ella, obedece y punto. Le cuesta más adaptarse a la disciplina del horario y encima tiene elementos en su contra que se lo hacen pasar fatal. Uno de ellos su juventud y sus ganas de divertirse. Si se dejara llevar... estaría todo el día de juerga. Su origen provinciano también le juega sus malas pasadas, no deja de repetir nostálgica, que en su pueblo salía de casa a cualquier hora del día y aquí, al no poder hacerlo, se siente a veces como un león enjaulado. A pesar de todo, se esfuerza por superarse y quizás algún día lo consiga. En la cocinera, mujer tranquila tirando a reservada, ha encontrado la compañera ideal con quien explayarse a gusto.

Acaba de llegar del comedor con todo el servicio. Deposita la bandeja sobre una torre de platos y se sienta con alivio en la primera banqueta que ve libre. Estira las piernas como si estuviera agotada y da un bostezo descomunal. Las tazas se inclinan peligrosamente, amenazando con estrellarse en el suelo a la menor corriente de aire; sabe que debería levantarse enseguida y colocarlas como es debido para evitar el estropecio, pero ni lo intenta. Se encoge de hombros divertida, imaginando ya la porcelana

echa añicos a sus pies y piensa que, “si se rompen, ¡tal día hará un año!... Las tiendas están deseando vender sus existencias ¡qué narices!”

Su compañera se da cuenta de la maniobra y se lo reprocha.

—Si se entera la señora, ¡vas apañada! El otro día cuando “se rompió” el jarrón del salón comentó que la próxima vez nos lo descontaría del sueldo y yo no estoy por la labor. ¡Bastante poco nos paga! Y ¡levántate de una vez mujer!, mira el panorama que tenemos.

—¿Por qué Señor, por qué no tengo ni dónde caerme muerta? —se lamenta Rita— Se dice pronto, pero no tengo ni para mandar cantar a un ciego. Yo, que podía haber sido una bella princesa, tuve que nacer en ese pueblo miserable donde sólo puedo comer abejas y pocas. ¡Es mala suerte la mía!

—Cosas del destino —responde socarrona Claudia desde el otro extremo de la cocina—. Piensa que tiene que haber de todo en la viña del Señor. No te mortifiques más.

Rita no la oye. Sigue sentada y cerrando los ojos, vuelve a soñar, que a eso no hay quien la gane. Acaba de “trasladarse” a un inmenso palacio. No piensa dejar que transcurra más tiempo sin que se cumplan sus ilusiones, y como no quiere privarse de nada, se adorna con esmeraldas, diamantes y cualquier cosa que brille; una carroza tirada por seis hermosos corceles la espera al pie mismo de la escalinata de mármol para llevarla donde guste.

De pronto, un ruido espantoso la devuelve a su mundo. Las tazas han perdido su inestable verticalidad y ya no son tazas, sólo pequeños trozos de porcelana desperdigados por el suelo.

Sorprendida y con rabia contenida, Rita mira despectivamente los fragmentos cerámicos y no los fulmina porque, los pobres, ya están para el arrastre. Se inclina con el cogedor en la mano y, trozo a trozo, los va retirando antes de que llegue Sara y le arme la “marimorena”. Le cuesta mucho reanudar la tarea diaria y dejar tanta vida de lujo, pero es preciso guardar sus fantasías en el fondo de su corazón y volver a ser Rita. En ese momento la doncella acaba de recordar algo de suma importancia que debe conocer inmediatamente su compañera. Se levanta de la banqueta con nuevos bríos para conversar con Claudia. Tiene que hacerlo ahora mismo o un desasosiego terrible le impediría trabajar durante varias horas.

—No te puedes imaginar lo que oí comentar el otro día a la señora y a la pánfila de su amiga —le dice con un toque de misterio que ella sabe imprimir a sus comentarios para impresionarla y, de paso, conseguir que le presta un poco de atención—. De verdad, de verdad ¿no tienes curiosidad por saberlo? Porque si es así, me callo ahora mismo.

Claudia sonrío burlona como diciendo, “eso, no te lo crees ni tú”. Luego añade algo para salir del paso.

—Pues, si he de ser sincera, poco me interesa lo que ocurra al otro lado de la cocina, me limito a trabajar y punto. En temas de chismes estoy bastante curtida. Prefiero ser muda y sorda, cosa que me va divinamente.

La cara de Rita es todo un poema. Por muchos esfuerzos a que somete la imaginación, no puede creer lo que está oyendo. Le sirven en bandeja un “cotilleo” y no demuestra ningún interés por saberlo... ¡Es el colmo!

Sin embargo, la cocinera se ve obligada a rectificar por compañerismo.

—Mujer, no tomes mis palabras al pie de la letra. Sólo digo que nos llevaremos un disgusto sin necesidad —hace un inciso para pensar la forma de transmitirle a Rita algo de su “sabiduría” particular y así hacerle entrar en razón—. Vamos, te escucho, suéltalo de una vez o no empezaremos a trabajar nunca.

A Rita, al oírla, se le alegra la cara. Ya puede salir el sol por donde quiera. Lo cuenta y lo cuenta.

—Ayer, como sabes, vino de visita la señora de Guzmán —dice la doncella con voz ahuecada y los ojos como platos por el placer de su comunicación.

—¡Noticia fresca, vaya novedad! —se mofa su compañera sin poderse contener, tratando de frenar el entusiasmo narrativo de Rita— Esa, viene un día sí y otro también.

Rita la fulmina con la mirada, “¿se creerá que soy idiota?”

—¿Te crees que soy tonta? —la doncella fulmina con la mirada a la cocinera— Espera mujer, escucha antes de opinar ¡caray! Eran las cinco de la tarde en punto cuando llegó, lo recuerdo porque en esos momentos el reloj de la catedral dio cinco campanadas como cinco bombazos.

“Qué exagerada es la pobre”, piensa Claudia con ganas de reír a carcajadas, pero no mueve un músculo de la cara. Si le da confianza, cree que Rita puede extenderse en pormenores y les darán las uvas allí. Si hasta ha comenzado diciendo: “Eran las cinco de la tarde” como si se tratara de una crónica taurina que terminara en tragedia.

Mientras tanto, la doncella entretenida en hacer lo más amena posible la conversación, no se percata de los esfuerzos mentales que hace su compañera para mantener un mínimo de interés.

—Cuando fui al salón a llevarles el té —continúa Rita entusiasmada—, les oí hablar de nosotras. ¡Lo oí sin querer, no te vayas a creer! A mí no me gusta escuchar —se disculpa levantando la voz. Da la sensación de que se está enfadando por momentos a pesar de que su compañera no la acusa de nada

—¿Estas segura? —le pregunta Claudia aparentando incredulidad— No creo ser un motivo de temor para la señora, menudo honor. ¡Te habrás confundido, mujer! —Ha creído necesario interrumpirla, haciéndole alguna pregunta. Es muy absorbente y sería capaz, si ella no dice nada, de acusarla de falta de interés.

—¡Ni hablar! —se apresura Rita a llevarle la contraria—, no soy ninguna lerda. La señora de Guzmán lo decía claro como el agua: “Mi chica, se compró ayer unas medias de seda”, y ¿sabes que contestó la “vieja”?; ¡te lo voy a decir ahora mismo!

“¡Socorro...!” parece pedir la mirada de Claudia, ¿“será posible que haga de un simple cotilleo una historia interminable”?

—Pues dijo: “Sí hija, sí, no sé adónde vamos a llegar con el servicio. Se compran cosas sin corresponderles”. ¿Te das cuenta, Claudia, el alcance de sus palabras? ¡Vaya par de lechuzas! —protestó la doncella, que se exalta por momentos— ¡Ah! Y no te pierdas otra cosa...

—¿Más aún? —no puede por menos que exclamar Claudia, preocupada de verdad, temerosa de que su compañera la va a poner como una regadera.

—Al salir del salón, todavía pude oír una observación de mal gusto hacia mi persona: “Ten cuidado, querida”, —y la emula gangosa—, “esa chica... no es de fiar. Se ve que quiere medrar. Pues, si esta gente quiere subir, nosotras no queremos bajar... ¿no te parece, querida? —Rita lo comenta tal y como lo recuerda y, también como entonces, vuelve a poner sus nervios a flor de piel. A cada minuto que pasa, eleva la voz.

Su interlocutora, le ha escuchado paciente hasta donde ha pedido, pero ahora la ve tan alterada, que no tiene más remedio que intervenir.

—Eres una insensata hablando así. ¡Un día te van a oír...! Olvídalo de una vez —le recomienda Claudia como una buena amiga—. No te comprometas, ni me pongas en apuros a mí también, ¿vale?

En ese momento, Sara entra en la cocina seguida de Váleri, que se ha convertido en su sombra. Abre la despensa y hace recuento de los alimentos. Con la lista en la mano, se acerca a las muchachas.

—De ahora en adelante, las murmuraciones están de más en esta casa, ¿me comprenden? —las escasas palabras le salen con firmeza a un ama de llaves que sabe dosificar su autoridad.

La doncella y la cocinera se quedan de un aire. Es evidente que ha oído sus palabras. Claudia hace un gesto significativo a Rita, aprovechando que el ama de llaves les da la espalda.

—¿No te lo dije? Si primero te aviso, antes nos llega la respuesta. Eres una inconsciente y yo otra por seguirte la corriente.

Sara se centra ahora exclusivamente en su trabajo.

—Hoy, por orden de la señora, —les dice cambiando de conversación—, el almuerzo constará de sopa de pescado y pollo en salsa; de postre posiblemente pedirán flan, no estoy segura. Pero de todas formas, tengan ustedes alguna fruta preparada por si cambiaran de parecer.

La calle se va animando a medida que avanza la mañana. El ruido de los automóviles oculta el rumor de las conversaciones y el aire pálido de otoño arranca las hojas amarillentas de los árboles que, impudicamente desnudos, tiemblan soltando las escasas gotas de agua retenidas en sus ramas.

Sara y Váleri pisan la mullida alfombra de hojas y unas cuantas levantan un tímido vuelo a su paso, muriendo poco después bajo el cuero de otros zapatos. La niña, se emociona ante un escaparate repleto de juguetes, obligando al ama a detenerse. Entre ellos sobresale una muñeca de porcelana, con los mofletes pintados de rosa intenso y tirabuzones dorados como espigas; el juguete parece sonreírles desde su torre de cristal. Una hamaca de color caoba arrulla a la muñeca sin parar, obligándola a abrir y cerrar sus ojos celestes.

—¡La quiero! —dice Váleri pateando la acera impaciente y señalando la muñeca con su dedo pulgar para que no haya malos entendidos y se la cambien por otra cosa.

La sirvienta, asombrada por sus pretensiones, a todas luces disparatadas, no sabe cómo calmarla.

—Criatura, ¿sabes lo que puede valer? ¡no! ¿verdad? Pues, ¡ya te lo digo yo!, costará un dineral y no lo tenemos. Mira, mira... —Sara obliga a Váleri a revolver con sus propias manitas el interior del monedero, donde sólo bailan unos escasos duros.

Ante la cruda realidad, la niña comprende que sin dinero no se puede comprar nada. De mala gana, se retira de allí, dejando los cristales empañados con la huella de unos dedos infantiles y la desilusión de la renuncia. Enseguida llegan a las puertas del mercado. Dos mendigos parecen escoltarlo pegados en sus paredes, frente a frente, desgranando sin parar todas las desgracias habidas y por haber, las suyas propias y las ajenas.

Sara se abre paso entre la multitud a codazo limpio, y luego para despistar, mira hacia otro lado con disimulo. Como ella dice: “¿Quién va a pensar mal de una anciana?” Pues ¡nadie!, se contesta y ¡zás! vuelve a las andadas, que tiene mucha prisa. En otro momento, cuando lo cree conveniente, cambia de táctica y se dedica a empujar con energía a todo el que va por delante.

—No te apartes de mi lado —le advierte preocupada a la niña—. Si te pierdes, entre esta muchedumbre no te encuentro.

No ha terminado de hablar, cuando unos muchachos, que con un montón de manzanas robadas intentan poner distancia entre el dueño de la fruta y ellos, casi las llevan por delante.

—Cógete a mi falda, Váleri, porque al final nos van a separar –le dice alarmada a la pequeña, mientras obsequia con un “gamberros” a los muchachos que huyen despavoridos hacia la salida del mercado.

—Me cojo a tu falda –imita con cierta gracia la niña. Le ha divertido ver a Sara zozobrar por los impactos de los ladronzuelos, primero a la derecha, luego a la izquierda, mientras todo su enorme cuerpo intentaba recuperar el equilibrio. En ningún momento se asustó, sabía que no se iba a caer. Ella, de más pequeñita, tenía una muñeca de cuerpo redondo, sin piernas, que hacía los mismos bamboleos y nunca consiguió derribarla.

A duras penas llegan, por fin, al puesto del pescado, y allí se encuentran con otro inconveniente que no esperaban. El pescadero no hace más que vociferar la calidad del producto y, en su campaña publicitaria no atiende a las clientes. Sara le grita su pedido hasta quedarse casi afónica, pero el pescadero chilla mucho más ensimismado en su propaganda

—Hay que hombre más idiota –murmura el ama de llaves—. No me explico qué espera para atender. Como siga ignorándonos se nos acabará la paciencia y le dejaremos solo por avaricioso.

Viendo que no adelanta nada, toma medidas drásticas. Echa su voluminoso cuerpo sobre la primera fila de clientes, alarga el brazo derecho, levanta una merluza por la cola y la coloca en el peso. Santo remedio. El tendero lo entiende a la primera. Cierra la boca y se concentra inmediatamente en calcular el precio del pescado elegido.

Poco más tarde, en el puesto de la carne las cosas discurren de otro modo. No hay gente esperando y Sara suspira aliviada. El carnicero, vestido de blanco, la recibe con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿El pollo de siempre doña Sara?

—Sí señor, lo de siempre –dice la mujer mientras sujeta mejor las horquillas de su moño. Lleva unos pelos, como si se hubiera peleado con alguien. “Vaya mañana”, comenta entre dientes.

—Hoy parece esto un loquero. ¿Lo regalarán? –le pregunta guasona Sara al carnicero, intentando hilvanar una conversación y de paso descansar un poco sobre el mostrador.

—¿Se lo troceo, señora? –el carnicero va a lo suyo. Ni siquiera ha escuchado sus comentarios, solo le interesa hacer buenas ventas. Además, cada cliente se lamenta

de una cosa y él no está por la labor de ser paño de lágrimas. Hoy, precisamente, tiene muy mal humor, ya que la pieza más cara aún la tiene en el frigorífico. Así que, “como para perder el tiempo en conversaciones idiotas”, piensa.

—¿Un solomillito? —y se lo muestra con orgullo a Sara, “a ver si pica la gorda”.

El ama de llaves mira el pedazo de carne sonrosado con gula. Es carnívora por naturaleza y al verlo se le hace la boca agua. Pero no es tonta.

—Deje, deje, no me tienta —contesta amable, hoy no lo compraré, pero en las próximas Navidades, ¡seguro!

—Pues entonces, lo embalsamaré, porque esta maravilla no aguanta —contesta el carnicero mientras vuelve a airearlo descaradamente por el rostro de Sara, ya un poco decepcionado.

“Menuda socarronería. Éste empieza a perder los buenos modales”, piensa la mujer mientras se separa un poco del mostrador. “Le doy un corte que lo espabilo”.

—Pues, si no es ese solomillo, será otro parecido. ¡Adiós! —y se aleja con la cabeza alta.

Váleri, que la está observando desde hace rato, quiere pincharle un poco.

—¡Te has picado... te has picado! —le dice la niña canturreando y de forma insistente.

Sara sonrío al oírla. “Demonio de cría, es más lista que el hambre, no se le escapa una”, piensa divertida mientras observa la cesta que lleva en el brazo. Menos mal que sólo le queda por comprar las verduras. Ya no aguanta allí ni un minuto más. Tantos gritos la ponen mala. Alcanzan la salida con bastante dificultad.

Ya en la calle, aspira una profunda bocanada de aire fresco mientras se apoya en la pared para reponer fuerzas. Ahora sí que ya no puede con sus pobres huesos. ¿Será el sobrepeso de su cuerpo el que la tiene baldada? “No, no puede ser”, se apresura a defenderse en su pensamiento. ¡A ver si ahora se le va a ir el apetito por esos remordimientos tontos y barre de un plumazo el único placer que tiene en esta vida: el comer! Sara sabe que se cansa, pero es porque no para en todo el día, y trabajar tanto a su edad no puede ser bueno.

Dejan la avenida principal y toman la paralela a propósito. No quiere hacer el mismo recorrido de antes porque la muñeca seguirá en el mismo escaparate y, por nada del mundo, quiere volver a desilusionar a la niña.

De pronto, la pequeña interrumpe el paso. Al parecer, otra cosa le preocupa más que los juguetes en estos momentos.

—Oye Sara, todavía no he visto a mi abuelo. ¿Sabes dónde está?

“¿Será ocurrente la mona ésta?”, murmura la mujer sofocada. “Desde luego, el demonio, tiene cara de conejo”. Cuando suelta esa frasecita... todo el mundo que la conoce sabe que su confusión llega al límite y ahora, por culpa de esa inocente pregunta le vuelve parte del pasado de la familia de la niña, en el que hace años entró a formar parte. Se le amontonan los recuerdos con tanta claridad que un frío glacial recorre su espalda. Es como si viera al señor entrar ufano en la casa, detenerse en el “hall” para recoger la correspondencia depositada sobre una bandeja de plata del amplio velador. Después se quitaba el gabán, perdiéndose a continuación en el cuarto de sus hijos.

“Pobre señor”, le compadece ahora con la misma pena que lo hizo antaño. Jamás le dio motivo de queja, al contrario, apenas molestaba al servicio. Era la amabilidad personificada. Siempre estaba alegre, solo cuando se dejaba crecer el bigote parecía más adusto. Pero a una pequeña insinuación de alguien se lo volvía a rasurar, y la alegría volvía a su rostro otra vez. Tenía una expresión tranquila. Hablaba siempre con mucha educación y jamás le oyó una palabra más alta que otra, ¡era todo un señor!

Mientras camina, Sara lo va recordando y lo compara a otros que a lo largo de su vida ha conocido y se afianza en lo dicho. ¡Era único! La mayor parte del día el señor la pasaba encerrado en el despacho, teniendo por compañía montañas de libros, ordenados en pesadas estanterías. Desde aquel cuarto dirigía y controlaba con acierto una lejana finca de su propiedad que se extendía a lo largo y ancho de la región, con kilómetros de hectáreas de regadío. Los labradores y sus familias trabajaban bajo sus órdenes con acierto, ocupándose no sólo del campo, sino también de mucho ganado. Gracias a esta eficacia, sólo viajaba a ella tres veces al año. La primera lo hacía en la época de la siembra; le gustaba recorrer a caballo el campo, seleccionando cual o tal parcela sería sembrada de trigo o cebada o, por el contrario, dejarla en barbecho si fuera necesario.

El segundo viaje lo hacía ya para la recolección. Esta época era dura pero él quería estar presente por si necesitaban algún bracero más y ocuparse de ello, contratando alguno temporalmente. Y finalmente volvía para la venta del producto. Era el viaje más cómodo; los hombres a su servicio esperaban estos momentos con ansiedad. Sabían que, aparte del sueldo convenido, al amo repartiría con ellos parte de los beneficios obtenidos.

En uno de esos viajes no volvió a casa solo. Le acompañaba la hija del mayoral. Y aún recuerda Sara su aspecto apocado. Miraba a todos con curiosidad infantil metida en un vestido horrible de percal, con dos bolsos en la falda donde escondía sus manos estropeadas. Sin embargo, a pesar de esa indumentaria tan poco favorecedora, su cuerpo se manifestaba muy bien formado bajo la simpleza de la tela. Hasta un tonto se hubiera dado cuenta de ello.

La señora salió a recibirlos y, al encontrarse con “aquello”, como ella la definió en el primer momento, interrogó sorprendida a su esposo.

—¿Y “esto”, ¿dónde lo has encontrado? —preguntó a su marido, como si en vez de a un ser humano se refiriera a un objeto recién hallado.

“Desde luego”, reflexiona Sara, “cuando esa mujer quería herir en lo más profundo, sabía humillar la mar de bien. Mira que señalar a la muchacha como si fuera un trasto... Era para haber echado a correr y no parar, ¡pobre chica! La señora miraba a la joven como a una rata repelente”. Al parecer, al señor le gustaba como niñera para sus hijos.

El ama, camina y murmura a un tiempo, y a la vez revive los momentos más tensos de aquella historia familiar. En ese debate interior no se da cuenta que la gente, sorprendida, se vuelve a mirarla. “Toda la culpa la tuvo, aunque indirectamente, la bobalicona de la nueva doncella, que también por aquellos días entró en casa”. Sara cree que si ella hubiera estado cerca de aquella “pazguata”, “la sangre no hubiera llegado al río”. Pero cuando quiso darse cuenta, todo había sucedido. “Esa joven inexperta lo fastidió todo; sólo a una boba se le ocurre salir de una habitación dando gritos como una histérica. Eso no lo hace nadie sin antes pensar en las consecuencias”, se repite Sara en sus pensamientos.

El día de los hechos se le había ordenado a la nueva doncella abrir bien las habitaciones para su ventilación. Todo parecía normal y ya sólo quedaba el cuarto de la nueva niñera, es decir, la hija del mayoral. Al llegar a dicho cuarto, la doncella empujó suavemente la puerta. Dentro reinaba la oscuridad más absoluta y las persianas, cerradas hasta abajo, no permitían la entrada del más pequeño resquicio de luz. La chica tanteaba la pared a ciegas tratando de encontrar el interruptor. En esos momentos llegaron hasta ella unos gemidos entrecortados y extraños que la asustaron de tal manera que, sin pensarlo, echó a correr pasillo adelante gesticulando como una loca. Además, la inocente creía fervientemente en la existencia de fantasmas y almas errantes procedentes del otro mundo.

En una de sus alocadas carreras se tropezó con la señora que, al ver los aspavientos y la cara pálida de la muchacha la interrogó alarmada.

—¿Le pasa a usted algo?

—Sí, sí... —le contestó sin dejar de temblar y señalando con mucho nerviosismo la puerta del cuarto que “contenía” los fantasmas.

Como no había forma de entenderla, la señora se hizo acompañar por la sirvienta hasta el lugar señalado, dispuesta a demostrar a la inocente que en su casa no hay espíritus ni almas en pena. La muchacha caminaba a regañadientes dos pasos más atrás y con el corazón en vilo. Señora y doncella llegan a la puerta de la habitación. La primera entra más altanera que decidida y mirando a la chica por encima del

hombro y pletórica de soberbia. Piensa que cuando se cerciore bien de lo infundado de los miedos de la sirvienta, le dará un buen escarmiento por alborotadora y torpe.

Tras esas cavilaciones, la señora giró el interruptor de la luz, y la lámpara extendió instantáneamente un potente haz de claridad, iluminando la cama del cuarto, donde dos figuras humanas fuertemente entrelazadas hacían el amor apasionadamente y ajenas a todo lo que les rodeaba. La claridad artificial doraba los cuerpos, aún en movimiento, del señor y la rústica pero bien formada niñera.

La señora soportó sin pestañear aquella inesperada humillación. Su rostro desencajado parecía tallado en mármol, tan solo delataron su terrible estado de ánimo las marcas de unas uñas duras al clavarse como garfios en su piel pálida. Aguantó erguida, a pesar de que se estaba muriendo por dentro, y volvería a aguantar mucho más si fuera necesario. Debía seguir allí para vengarse. No podía irse sin ver los ojos espantados de su marido que rehuían los suyos. Necesitaba verlo frente a frente, desnudo, humillado, como ella lo estaba. Quería dejar caer allí mismo su desprecio envuelto en una losa de silencio.

A partir de ese día, el señor parecía una sombra viviente vagando por la casa. Suplicaba, pedía perdón de mil maneras, pero sólo obtenía silencios despectivos, como se lo prometió su mujer. El párroco, amigo en común de la infancia, pasó tardes enteras con ella, intentando recomponer la maltrecha convivencia de la pareja; se empleó a fondo, incluso apeló a sus deberes como cristiana ya que tanto presumía de ello, para arrancarle el perdón sin reservas. Fracasó en toda regla y sintiéndolo mucho, se tuvo que dar por vencido. Llegada a ese punto la situación fue ya insostenible, el matrimonio terminó como un jarrón de porcelana al estrellarse contra el suelo.

Un día ella se cansó de ser el hazmerreír de la servidumbre. Empaquetó las cosas de su esposo y rompió el silencio para hacerle ver que era preciso que abandonara la casa, y que lo hiciera de forma “civilizada”. Podía volver en fechas muy especiales, como en Navidad, en los cumpleaños de los niños y poco más. De ese modo, guardarían las apariencias ante sus amistades. La finca sería, de ahora en adelante, su nuevo hogar.

Al señor, que se sentía culpable, sólo le quedaba aguantar con valentía la nueva situación, y lo hizo. Pero el destierro involuntario a que fue sometido sin piedad, fue marcando su carácter golpe a golpe, convirtiéndole en poco tiempo en un ser taciturno. Habían pasado demasiadas cosas, ya no era ni sombra de lo que fue. Se envejeció por lo menos diez años; el vivir separado de sus hijos le hundió física y moralmente.

Después de su partida la casa quedó más silenciosa. Todo el personal se movía por ella de puntillas para no incurrir en el enojo de la señora que se volvió más irascible que nunca. Jamás perdonaba una equivocación por pequeña que fuera.

En una de las visitas autorizadas el señor llegó mareado y un poco raro, pero no molestó a nadie. Pidió permiso para acostarse un rato y poder así descansar un poco antes de emprender de nuevo el regreso a su casa. Encorvado y con pasos inseguros se dirigió al cuarto de invitados. Y Sara recuerda que ya no salió nunca más por su propio pie. Al día siguiente, la doncella lo encontró muerto.

¿Qué pasó por el corazón de su mujer al verlo inerte? ¿Qué remordimientos mordían su alma? Eso nadie lo supo jamás. Ella se encargó de ponerse una máscara tras la cual escondía indiferente un rencor desmedido hacia los hombres y hacia el mundo entero, que el paso del tiempo no pudo suavizar.

En ese momento de reflexión, Sara escuchó la voz de la niña que volvía a reclamarle alguna cosa.

—Oye, ¿me contestas de una vez? Te lo vuelvo a preguntar por si lo has olvidado: ¿sabes algo de mi abuelo? Llegamos a casa y no has abierto la boca, sólo haces cosas raras y la gente que pasa a tu lado se ríe de ti. Mis amigas del barrio tienen abuelo y abuela, porque dónde hay una abuela, también hay un abuelo —termina Váleri con una lógica casi impropia de su edad.

Sara vuelve a quedarse pensativa. Claro que sabe del abuelo de la niña ¡y mucho! El reciente recorrido de su mente por el pasado la ha preparado para responderle acertadamente.

—Tu abuelo cariño, está en el cielo, porque era una persona maravillosa. ¡Nunca lo olvides! —Y hace una última reflexión en su interior: “Si hizo algo malo, ya lo pagó con creces aquí en la tierra”. ¡Buena sargentazo era y es la señora, para dejarlo ir de rositas!

Sara consulta el reloj y se alarma, ¡es tardísimo! Aligera el paso y obliga a la niña a hacer lo mismo.

Han pasado unos meses desde que Váleri llegó a la casa de su abuela. Como ella temió desde el primer momento que la llevó su padre, la estancia está durando demasiado tiempo. Pero lo peor no es eso, sino que, además, por lo que ve y oye, el final de su “encierro” no lo cree cercano. Tampoco sabe nada de su madre ni le hablan de ella. Aunque su padre la visita con frecuencia nunca saca este tema. De momento, ella ha creído oportuno cambiar algo su personalidad y comportamiento con las personas cercanas y, sobre todo, con el mundo que la rodea. Ya no es la niña triste del primer día; ahora, más que andar, corre por toda la casa, para exasperación de la anciana, y tomándose a la ligera los reproches de sus tías Rena y Carla y las advertencias de Sara.

—No alborotes tanto, ni hables a gritos, ¿no ves que tu abuela tiene jaqueca? ¡Sé buena! ¿Quieres, ángel mío? —Sara siempre termina implorando y es que, por no oír a la señora, es capaz de ponerse de rodillas ante cualquier imprevisto.

—Pues, si está mala ¿por qué no se acuesta? Si se arropa con dos mantas se pondrá buena enseguida, es una quejica, parece una niña pequeña, ¡no pienso obedecer! —replica Váleri vivaz y excesivamente resuelta.

Nada más terminar de hablar, la niña pega un grito y escapa corriendo a su cuarto. Sara vuelve a su labor resignada. La pequeña no le ha hecho caso y dentro de nada, sonará la campanilla y ella tendrá que oír otra reprimenda: “Haga callar a esa niña ahora mismo. ¡Se lo ordeno!”

“¡Buena contestación tienes en tu nieta!, muy señora de usted”, murmura divertida Sara. Reconoce con humildad, no exenta de malicia, que todo lo que sea poner freno al “orden y mando” de la anciana la pone de un humor excelente. Y si encima, la encargada de hacerlo es la niña, le parece el “no va más”. Con ella, dentro de unos años, no va a poder, lo presiente. “Demonio de cría, con sus cosas, me hace filosofar acerca de mi otro yo”, reflexiona alegre Sara, que ahora, por fin, sabe que no está sola, ya que gracias a Váleri, se encuentra a menudo “consigo misma” de una manera muy especial.

En efecto, el sonido enérgico de la campanilla la despierta de sus sueños, pero por un momento cree que la deja indiferente. “Ya voy, ya voy”, repite con pereza. Cree que soplan vientos de bonanza y que la niña debe crecer todavía un poco más

y entonces... Un campanilleo más fuerte corta de golpe sus ensoñaciones y la obliga a acelerar el paso.

La tarde muere plácidamente envuelta en tenues resplandores. Las sombras se extienden ya por la casa, cuando Váleri, cruza el pasillo sigilosamente. Su intención es llegar a la cocina a recoger su merienda, pero, tal y como están las cosas, no sabe si lo logrará sin que nadie la vea. Un inoportuno picor de garganta amenaza con delatar su posición; hace verdaderos esfuerzos para no toser, pero se ahoga y suelta un estrepitoso estornudo. Una de las habitaciones se abre deprisa.

—Váleri, ¿puedes venir, por favor? —la reclama una voz femenina e impersonal.

La niña pone los ojos en blanco. “¡Estoy perdida, ya me ha descubierto!”, se lamenta. Ni siquiera le ha dado tiempo a coger el bocadillo y ahora se le juntará la merienda con la cena.

En cuanto llegó a la casa de su abuela, se dio cuenta enseguida que al cruzar el pasillo sus tías reclamaban su presencia y siempre con disculpas tontas. Una vez dentro de cualquiera de sus habitaciones, ya no tenía escapatoria posible. La retenían allí horas y horas. Si no es la tía Rena, es la tía Carla, el caso es que no la dejan en paz ni un segundo, impidiéndole jugar y hacer otras cosas. “¡Serán plastas!”, protesta a media voz, sabiendo que al final, y a pesar de otras tentativas, tiene que claudicar y acudir a las llamadas de las hermanas de su padre.

Con gesto indignado y cabizbaja, Váleri llega a la altura de su tía Rena, que sin cambiar el gesto contrariado del rostro, se aparta a un lado para dejar pasar a su sobrina, no sin antes, lanzar una mirada triunfal a la habitación de su hermana Carla, ya que en esta ocasión, le ha “arrebatao” a Váleri por un segundo, y eso es un triunfo para ella. La niña está tan enfadada que ni siquiera saluda a su tía; entra en el cuarto y se dirige directamente a la ventana. Tira del cordón de las cortinas y las abre de par en par, no está dispuesta a permanecer en penumbra ni un día más en aquella casa; incluso abre una de sus hojas acristaladas. Una corriente de aire desplaza levemente la toquilla de los hombros de Rena, mientras sus amplias faldas hacen remolinos alrededor de sus escuálidas piernas.

—¡Cierra enseguida! —le grita histérica la solterona—, vamos a “pescar” una pulmonía.

—Pero tía, ¿no te apetece respirar un poco? —replica Váleri con tono angelical, pero con un brillo en los ojos de innegable revancha.

—Ven aquí —le ordena Rena escueta y autoritaria, zanjando de golpe cualquier polémica—. Ayúdame con este armario ¡fíjate como lo tengo! —se lamenta ladina, mostrando un revoltijo de ropa a punto de caer al suelo.

Váleri se queda atónita ante la desfachatez de su tía. Hace dos días reclamó su presencia por el mismo motivo y ella, a pesar de ser una niña de corta edad, se lo dejó bien ordenado porque aquello supuso casi un juego. Pero ahora ve que las ropas aparecen de nuevo sin orden ni concierto.

—Lo has hecho a propósito —dice la pequeña cargando una seguridad a sus palabras no muy acorde con su corta edad.

Su tía la observa entre divertida y aparentemente enojada. Sabe que la niña tiene toda la razón, pero no quiere dársela. Precisamente hoy necesita ella compañía a cualquier precio. La soledad de su cuarto le horroriza y no quiere verse a merced de sus tristes recuerdos.

“Hoy no, querida sobrina —suplica en su interior—, ahora mismo sin más tardanza necesito tu conversación más que el aire que respiro. Pero si no quieres hablarme, porque estás molesta, hasta tu silencio me parecerá canto de querubines. Hoy, abejorros negros zumban en mis oídos recordando mi desgracia y martirizando mi alma. Necesito desesperadamente que tu ingenuidad eche a volar tus mariposas de colores y que su batir de alas me los ahuyenten por unas horas”.

—Niña, no seas descarada y empieza a colocar la ropa —Rena, en lugar de ser humilde con su sobrina, la recrimina de forma adusta, lo que provoca en Váleri un conato de rebeldía, y a punto está de replicar “hazlo tú”, pero se contiene. A fin de cuentas, enfadada o contenta tendrá que arreglar aquello.

La niña, de rodillas, se pone a llenar de ropa el primer cajón. Si la tratan con amabilidad se puede poner hasta de felpudo, pero si le apuran un poco y la ponen a contra pelo... ¡ya la han liado!

Abre el último cajón. Las prendas de lana, esperan dobladas sobre la tarima a ser colocadas en su interior. Va a depositar primero una bufanda, cuando en uno de los rincones aparece un paquete de cartas sujetas con una cinta amarillenta. La niña no para de dar vueltas al manojito de sobres, calculando mentalmente cuántos podrían ser. Se levanta para entregárselos a su tía, pero a mitad de camino ve algo en la actitud de Rena que la detiene. Su tía, sentada en la amplia butaca parece ausente. Totalmente perdida en sus recuerdos de juventud, ni siquiera se da cuenta del hallazgo de su sobrina. La niña, haciendo un alarde de madurez inaudito para su edad, lo piensa mejor y cambia de parecer. Algo le dice que no debe sumar un nuevo dolor a su tía, por lo que vuelve a depositar el fajo de cartas entre las ropas.

Muy ajena a aquel gesto, Rena permanece en éxtasis, sin enterarse de los movimientos de Váleri. Se ve reflejada en la niña . “Eran días felices, aquellos. ¡Dios, cómo pasa el tiempo!” Involuntariamente, la mujer se lleva las manos a las sienes y nota el paso inexorable del tiempo. Instintivamente el otoño llama a su puerta

dejando su tarjeta de visita envuelta en hilos de plata. Presiente que otra vez empieza a deprimirse y, dispuesta a no ceder ni un palmo a la melancolía, se aproxima al piano como el sediento a un oasis. Con lentos movimientos se sienta en el taburete de terciopelo rojo y, poco a poco, sus dedos comienzan a desplazarse acariciando el teclado de marfil.

Pasado un rato, la niña termina la tarea y vuelve a mirar a su tía. Sumergida en las notas musicales parece transfigurada; la crispación de su rostro ha desaparecido totalmente. Aprovechando aquel milagro, abre la puerta y sin hacer ruido sale de allí. Atrás deja unos acordes de Johann Strauss y una mujer bañada por la claridad de la luna, que intenta sobreponerse a sus dolorosos recuerdos.

Váleri, satisfecha, se apoya un segundo en la pared. “He ganado una hora a la casualidad, por lo menos”, se dice contenta. Ya puede ir a por la merienda a la cocina, su estómago protesta con ganas. Poco, muy poco le dura la euforia por recobrar la ansiada libertad. Enfrente, unos ojos miopes observan con esfuerzo, tras la puerta entornada, todos sus movimientos.

—¿Eres tú, Váleri? —pregunta su tía Carla, un poco indecisa. A veces, su poca vista le juega malas pasadas. Al percibir los objetos como si estos estuvieran separados por un tubo de diámetro estrecho, tiene que mirarlos varias veces si quiere identificarlos, y luego debe parpadear de forma seguida para no equivocarse. El ejercicio es agotador, pero no le importa porque tiene toda la paciencia del mundo.

La chiquilla intenta despistarla y apenas se mueve del lugar donde ha quedado anclada. No piensa terminar el día ordenando la ropa de otra tía. Se niega tajantemente. A pesar del silencio que reina en el pasillo, la mujer insiste, convencida de tener a la niña al lado.

—So-bri-naaa —canturrea alegre—, ¿estás ahí? No-me-en-ga-ñes. ¡Te presiento cerca!

Váleri sonríe, a pesar de estar contrariada. La conoce bien y la cree capaz de seguir así horas y horas con tal de salirse con la suya. Además, de las dos hermanas, la tía Carla es la más dulce. Al llegar a esta conclusión, Váleri se mueve un poco y cambia de postura porque se le ha dormido un pie. Le contesta a su tía en el mismo tono.

—Sí-tía-soy-yo —la imita desafiante mientras sale de las sombras y se introduce directamente en el cuarto de Carla.

Una vez allí, se lleva una buena sorpresa. La abuela dormita sentada serenamente al borde de la cama. Viéndola con el semblante relajado y despojada de toda su dureza, le da casi pena. Es una anciana de luminoso pelo gris, que siempre lleva peinado hacia atrás formando un alto tupé. Cuando algún mechón rebelde le cae por la frente, ella se apresura a sujetarlo con gesto nervioso bajo la horquilla camuflada. Es casi un tic nervioso.

Carla tira de la sobrina para acercarla a su abuela.

—Te ha estado esperando un buen rato —le explica la tía de manera confidencial.

“Anda la mar”, exclama en su interior la niña, “me reparten como si fuera una tarta”. Y se echa a reír divertida de su propia ocurrencia. Pero enseguida vuelve a ponerse seria. Es consciente de que la tienen de acá para allá, y eso no le gusta nada.

—¿Me esperaba a mí? —pregunta incrédula— ¿y por qué? —Se hace la interesante. ¡Qué tarde le están dando entre todos! Cualquiera día, les dará un escarmiento de verdad. Está visto que no se puede ser blanda.

—Sólo quería leer un poco —le calma su tía—, pero le dolían tanto los ojos, que pensé en ti. ¿No es maravilloso?

—¡Puaf!, muy divertido, ¡no te fastidia!... —Váleri quiere seguir demostrando su enfado cuando, de pronto, se fija en la abuela. Se le cambia la cara de alegría al verla dormida de verdad. ¡Ya puede irse!

—Se hace la dormida —le contesta su tía Carla adivinando sus intenciones. Y para demostrárselo, llama repetidas veces a su madre.

—Mamá, mamá, mira a quién tenemos aquí.

La anciana ensaya un ligero respingo. Abre los ojos buscando una respuesta a su turbación. Sólo pasados unos segundos recobra la noción del tiempo y del lugar donde se encuentra. Cuando toma conciencia, se disgusta en su fuero interno. Ya despejada, comprende que le han pillado in fraganti, y ahora se pregunta cómo se va a quejar de no pegar un ojo por las noches cuando la han pillado durmiendo por el día. A pesar de todo, se disculpa, “a ver si cuela”.

—¡Uy!... estaba un poco distraída con mis pensamientos y no me he dado cuenta de vuestra llegada, pero os oía perfectamente —miente descaradamente. Para disimular, juega con la sortija de zafiros, intentando quitársela, pero el dedo, deformado por la artrosis le hace desistir.

Váleri se atreve a corregirla de manera un tanto burlona.

—Sí, sí, distraída, ¡y yo me lo creo! Estabas como un tronco, abuela. ¡Si roncabas y todo! No seas mentirosa. Luego le pides a Sara que te prepare tila porque no has dormido nada...

El comentario espontáneo de su sobrina llena de preocupación a Carla. Ella jamás se hubiera atrevido a contradecir a su madre, y menos llamarla mentirosa. Espera con el alma encogida alguna palabra dura de la anciana como respuesta a dicha impertinencia, pero sólo percibe, con alivio, una tosecilla por parte de su madre, y demasiado teatral para ser verdadera.

—¡Niña!, coge el Kempis de la primera balda de libros y lee en voz alta. Necesito distraerme un poco. Lo haría yo, pero mis ojos están muy cansados —dice la abuela en un tono medio autoritario y sugerente, e incluso se digna a dar explicaciones, una actitud muy extraña en ella.

Al oírla, a Váleri casi le da un “soponcio”. Con esto no contaba. “Si lo llego a saber a buenas horas salgo del escondite”. Coge el libro con fuerza y, sin querer, derriba el resto. El ruido alerta a la anciana que la reprende con voz cascada pero con una energía recobrada.

—Ten cuidado con las cosas. Si no las cuidas, nunca tendrás nada en la vida. Vas a ser una manirrota de cuidado, ya te veo venir. Habrá que educarte en lo sucesivo... —y antes de terminar la frase, se acomoda en el sillón y se dispone a dormir nuevamente. No tiene reparos en cerrar los ojos delante de su hija y su nieta.

Váleri apenas presta atención a sus palabras. Por un oído le entran y por otro le salen. Jamás le han dicho una palabra amable. Siempre repite lo mismo, da vueltas al libro sin quitarle la vista de encima. Quiere ganar tiempo, a ver si se duerme de una vez y la deja en paz. Está de sus sermones hasta el “coco”. Además, no quiere leer ese libro tan horroroso, no tiene ni un santo ni tapas de colores.

—¿Empiezas a leer de una vez? —pregunta la anciana adormilada, sin cambiar de postura.

Ahora sí que no le queda más remedio que obedecer. Tira de la cinta azul que pende de las hojas y abre el dichoso “librajo” por la mitad. En la esquina de la habitación, una lámpara de pie provista de una minúscula bombilla apenas le deja ver la pequeña letra. Lo confunde todo repitiendo la frase por lo menos tres veces.

—¿No sabes leer, bonita? —le recrimina su abuela con retintín.

¿Por qué ha de ser tan mordaz? Reconoce que lo hace fatal. Ella intenta dar a la lectura más fluidez inclinando el libro hacia la luz, pero lo pone peor. Las letras no dejan de bailar entre líneas plateadas. Vuelve a esforzarse al máximo y su abuela protesta de nuevo: que si repites cien veces lo mismo, que si te has vuelto tartamuda de repente, que no me entero de nada. Tanta regañina le parece una injusticia.

—¡Si es que no veo, jolines! Es que en este cuarto es como si estuviéramos en la cueva de Alí-Babá y los cuarenta ladrones —grita la niña airada, sin importarle demasiado la cara descompuesta de su abuela.

—¡Señor, Señor! ¡Vaya manera de expresarse! —se queja la anciana haciéndose la mártir— Esto, sin duda, es cosa del servicio. ¡Claro!, pasas todo el santo día en la cocina. No me extraña nada que hables así. Los próximos meses pensaré seriamente en buscar un colegio adecuado donde puedas aprender modales. Sí, sí, no debo demostrarlo más. —Y vuelve a coger postura de nuevo, no sin antes mirar disimuladamente a

su alrededor. “Quizá haya poca claridad aquí”, reconoce para sí, “pero eso no es motivo suficiente para contestar a su abuela como una verdulera”, y cierra los ojos. Tanto esfuerzo le ha fatigado sobremedida. Necesita estar sola. Ya no tiene casi fuerzas para enfadarse como es debido.

—¿Sabes, Váleri, en lo que estoy pensando? —le pregunta de improviso la abuela a su nieta, con ánimo de reconciliarse con ella, ya que lo cree necesario porque últimamente están como el perro y el gato.

—No soy adivina, abuela —replica morruda la niña—. Según eres tú, puedes estar ideando cualquier cosa.

La anciana aprieta los labios. No sabe si hacerse la sorda o pasar por alto la impertinencia que acaba de oír. ¿Se estará acostumbrando a las salidas ocurrentes y fuera de tono de su nieta? No lo quiere ni pensar siquiera. Ha de poner fin a esas ideas tan absurdas y alejar a la niña de allí cuanto antes. Le va a estallar la cabeza.

—Ve a mi cuarto. En la mesilla de noche hay un paquete de caramelos de malvavisco. Toma uno, pero uno solo ¿eh?, que el dulce no es bueno para la dentadura. Y cuando salgas al pasillo, no des la luz. Los ojos, con tanta claridad se resienten.

—Jo, en esta casa todo es malo. ¿Habrá algo bueno y yo no lo sé? —se queja deliberadamente.

Nada más cerrar la puerta tras de sí, se da cuenta que la noche está aposentada ya en su trono, cuajado de diamantes, y la luna agazapada tras la nube rosada, no tiene intención de brillar para ella. Resignada, mira al frente calculando la distancia. “Demasiado recorrido para hacerlo a oscuras”, se lamenta. No puede más. El miedo le tiene atemorizada. Se tapa la cara con las manos para protegerse de unas brujas horribles que no la dejan en paz mientras avanza con la tez muy pálida. “Un esfuerzo más”, se dice animándose. El pomo de la puerta lo tiene al alcance de la mano. No puede volverse atrás. Sólo es cuestión de segundos. Lo hace girar y la puerta se abre de par en par.

Entra jadeando, como si todos los monstruos inexistentes la persiguieran de verdad. A pesar de tenerlo prohibido, enciende la luz. Allí va a estar ella a oscuras, con el miedo que ha pasado hace un rato. ¡No piensa hacer más tonterías de esas! Mientras, abre el cajón de la mesilla, toma el caramelo, lo libera del envoltorio y golosamente se lo mete en la boca. El frescor de la menta le hace aspirar aire varias veces seguidas. Lo pega al carrillo izquierdo y vuelve a la oscuridad. Debe regresar, no tiene otra opción que desandar lo andado. Eso sí, empleará otra táctica diferente de la anterior. Decidida, se coloca en el centro del corredor y echa a andar a paso rápido. Seguro que con sus gritos los ha espantado a todos. Confiada, vuelve la cabeza; quiere cerciorarse que nadie la sigue.

“¡Horror! ¡Ya están aquí! Ahora los tengo todos detrás de mí”, balbucea con un hilo de voz, y echa a correr como una loca, con el corazón acelerado por el temor y la lengua abrasada por la menta del dichoso caramelo.

Los meses siguientes son más tranquilos para Váleri. Sus tías, cosa muy rara, no la molestan para nada. ¿Cómo de pronto la ignoran por completo, cuando la han tenido mártir durante una buena temporada? No se lo explica. Hasta empieza a preguntarse si sabrá escabullirse mejor..., lo duda. Bueno, no quiere romperse la cabeza pensando. “Lo que sea, sonará”. Por si acaso, a pesar de disfrutar de esta calma aparente, no piensa dormirse en los laureles. Cualquier día les dará la “neura” y volverán a la carga.

—¡Esto es vida! —exclama en la puerta de la cocina una tarde muy apacible.

Entra y toma asiento en la primera banqueta disponible. Se dispone a reclamar la merienda, cuando se queda con la boca abierta sorprendida e incapaz de pronunciar una sola palabra. En ese momento, la doncella abraza efusivamente a un señor vestido de verde, con unas botazas que le hacen recordar al gigante con las calzas de siete leguas. Por su parte, la cocinera parece no darse cuenta de nada. Está pendiente, como siempre, de sus ollas, que cuecen a borbotones en el fogón. El vaho que desprenden empañá sus gafas y ella se las quita rápidamente, limpiándolas con el delantal, dejando ver unos ojos sin expresión debido al uso continuado de unas lentes demasiado gruesas. Con ellas en la mano se dirige a la chiquilla:

—Se dice buenas tardes, “rica”. Entras como si te persiguiera el demonio. Luego tu abuela nos culpa a nosotras de tu pésima educación. ¡Como si ella hiciera algo al respecto, caray!

Todos se quedan mirando a Claudia asombrados. Es una persona que jamás exterioriza sus sentimientos así de buenas a primeras. Se preguntan perplejos qué le ha podido pasar. Claudia se da cuenta en el acto de su imprudencia e intenta rectificar.

—Dios me perdone —dice santiguándose—. No me gusta criticar, ya me conocéis, pero a veces pierdo los nervios ante la injusticia. ¡Algo bueno tendremos nosotras! ¿no te parece, Rita? Todo malo, siempre malo, ¡me pone la moral por los suelos!

Los aspavientos de Claudia hacen gracia a Váleri. Procura retener la risa, no se vaya a creer Claudia que se está mofando de ella. La niña aprieta los labios y contesta obediente.

—Buenas tardes, Claudia; buenas tardes, Rita; buenas tardes, señor Capitán —dice Váleri en un tono entre sumiso y malicioso.

Tanta humildad hace desconfiar a los presentes. ¿Qué tramará la duende ésta?, se preguntan unos a otros con la mirada. Aún no lo saben, claro, pero a lo largo de la jornada se mostrará tal como es, y entonces se descubrirá.

Ella, al verse observada, baja la cabeza con la inocencia de un ángel. Se entretiene mientras los demás divagan acerca de su personalidad, en subir los calcetines de perlé hasta la rodilla. El de la izquierda se lo ha tragado literalmente el zapato de charol. Esta vez la niña no quiere provocar ningún jaleo en la cocina, como en anteriores ocasiones. Se vuelve en la banqueta con expresión decidida. “A estas lelas hoy no les daré ese gustazo”, piensa resuelta. “Además, tengo hambre y no quiero quedarme otra tarde sin merendar”. Se decide por suspirar candorosamente.

—¿Tengo por ahí la merienda? —pregunta con voz suave.

El Capitán la mira divertido y aprovecha para contestar al saludo que le ha hecho hace un momento.

—No me asciendas, pequeña. Sólo soy un soldado raso, aunque te lo agradezco. Por un rato me he hecho ilusiones. ¡Muchas gracias!

Ella apenas se atreve a mirarlo de frente. Le impone sobre todo su cabeza rapada. Parece una bola de billar. No puede entender cómo ha entrado en la casa este hombre tan raro, vestido con esa facha. Quizás venga de alguna guerra, pero que ella sepa... no ha oído ningún tiro todavía. Siguiendo el hilo de sus pensamientos se le escapan algunas preguntas. Casi sin pensar.

—¿Es tu novio, Rita? ¿Ha dejado la batalla para venir a verte? —y mira al techo con disimulo, roja como la grana.

La muchacha, al oírla, se queda pensativa. ¿Cómo va a justificar la presencia de un hombre en la cocina sin levantar sospechas? ¡No se lo había planteado, la verdad! Ha tenido que ser la cría con su indiscreción, quien la alertara del riesgo, y ahora no sabe si contestar con evasivas o si ir al grano directamente. ¡Vaya dilema! Pide ayuda a su compañera por señas, pero aquella le da la espalda, encogiéndose de hombros. “Allá tú, pero en estos momentos no estoy para resolver conflictos ajenos”, piensa Claudia.

Después de este desplante, empieza a sopesar los pros y los contras. Está visto que lo debe decidir ella sola. Pues... cuanto antes, ¡mejor!

Al fin, se inclina por ser honesta con la chiquilla. Quizá así le pueda tener como aliada si surgen problemas. Nunca se sabe. Es pequeña, pero... ya le ha oído dar buenas explicaciones a la “vieja”.

—Sí bonita, es mi novio. Espero que no le digas nada a tu abuela. Con lo estricta que es la señora... —le aclara Rita.

A Váleri le fastidia tanta tontería. Todavía no comprende por más que la escucha, a dónde quiere ir a parar con tantos remilgos. Rita, en cambio, interpreta su indiferencia a una posible amenaza. Ahora tiene muy presente que es la nieta de la dueña,

y nunca se sabe. Es una fijación en ella, tener pánico a las reacciones de las personas a largo plazo.

“Con el paso del tiempo las gentes cambian su modo de pensar”, reflexiona Rita. Por eso prefiere prepararse con tiempo y así en el futuro saber hacer frente a cualquier contratiempo desagradable. Se vuelve hacia su novio con el semblante preocupado. Le toma la barbilla con ambas manos e implica a la chiquilla.

—Pobrecillo, ¡mírale! ¿No te da pena? No tiene dónde ir y encima, está muerto de hambre —dice Rita con voz mimosa.

Dentro de su limitada comprensión infantil, Váleri por fin se percata. Tanta zalamería le saca de quicio.

—A mí no me cuentes tonterías. No voy a decir nada a nadie, si es eso lo que tanto te preocupa. ¿Crees acaso que soy una cotilla? —le corta la chiquilla el rosario de lamentaciones. Y para demostrar su enfado y exigir más consideración hacia sus sentimientos, se pone mirando a la pared con los brazos cruzados dispuesta a no hablar más.

—No esperaba menos de ti —le dice la criada aduladora—. Estaba en un sin vivir, pero ahora ya estoy tranquila. Voy a prepararle a este pobre algo de comer, si no se desmayará de un momento a otro.

Con la misma alegría, pone la sartén más grande al fuego. Al calor de la llama, el aceite riza su cuerpo dorado, dejando escapar hacia el techo hilos de humo gris. Después, estrella un par de huevos en ella, acompañando al mejor filete de la despensa. Todo ello lo deposita en una fuente de porcelana, paseándolo con gracia por la nariz del muchacho.

El aroma tan apetitoso le activa los jugos gástricos y saca dos palmos la lengua, relamiéndose de antemano ante tamaño festín.

La abundancia exagerada del menú hace exclamar a Váleri:

—¿Todo eso te vas a comer? ¡Reventarás! —pronostica Váleri muy seria, como si fuera una adivina.

El soldado raso lo tiene claro. Su estómago es un saco sin fondo. Necesitaría todavía un buen postre para saciar su voraz apetito.

—Esto y otras cosas me comería si me dejan, pequeña —se atreve a insinuar mil picardías, haciendo enrojecer a su novia que, para disimular, le regaña cariñosa.

—Anda, déjate de tonterías y come de una vez. Se te va a enfriar. Además, conviene que te des prisa por si las moscas. —Y la “mosca” más grande todos saben a quién se refiere.

—No lo creo —contesta el joven siguiendo el juego de palabras y envolviéndola en una rápida, pero intensa, mirada.

Váleri es la única que no comprende nada y menos aún las frases cargadas de intenciones. Total, por dos palabras a medio decir, sin gota de sentido. No se explica cómo pueden entenderse. A este paso, tal como están las cosas, ya puede ir despidiéndose de las historias divertidas que le cuenta Rita. Ya no ve al joven con tanta simpatía. Mira por dónde, hasta le parece un pelín tonto. No para de reír como un idiota. No aguanta tanta cursilería. Dejará pasar otros cinco minutos más por si mejora la situación... pero ya ve que no hay visos de ello. Más bien, tiende a empeorar. Acaba de “pescarlos” otra vez guiñándose un ojo y relamiéndose los labios como si los tuvieran pringosos de exquisito chocolate.

¡Se la están cargando! Coge la merienda, salta ágil de la banqueta y desaparece de allí, sin tomarse la molestia de despedirse siquiera. Se atreve a ir canturreando pasillo adelante convencida de no encontrarse con nadie. Sus tías Rena y Carla, de repente, también se han vuelto invisibles. “¡Mejor para mí!”, dice en voz alta y se encierra en su cuarto.

Rita oye el portazo y comenta gozosa algo con su novio:

—Buena señal. Acaba de llegar a su habitación. Hoy ya no aparecerá por aquí. La conozco bien. Lleva un enfado de mucho cuidado. Es muy temperamental.

Claudia, la cocinera, también se retira discreta dejando solos a Rita y a su novio. La juventud necesita intimidad y no será ella el aguafiestas de la pareja. Él se levanta despacio, deja el tenedor sobre el mantel floreado, y cogiendo cariñoso a la doncella, se funden los dos en un apasionado abrazo.